

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 214.—SÁBADO 2 DE ABRIL DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE MARZO.

Una de las gracias que nos legó el menguado febrero, y la última de sus hazañas, el trueno gordo de su lamentable historia, fué el hundimiento ocurrido el día 28 en la alcantarilla de Atocha, en que quedaron sepultados varios infelices trabajadores. Bajo el dominio de tan dolorosa impresion lució al siguiente día el primer sol de marzo, y la heroica población de la capital del reino, que, acaso sin saberlo, ó sin cuidarse mucho de ello, empezó aquel día á formar esta Crónica, á hacer esta historia mensual, procediendo por impulso simultáneo de filantropía y de humanidad, al paso que lamentó, como era natural, tan sensible catástrofe, se apresuró á mitigar en la parte posible sus efectos respecto á las familias de los desdichados trabajadores, acudiendo á la primer invitación de la celosa autoridad provincial, con una suscripción cuantiosa y oportuna, que repartida en discreta proporción entre aquellos infelices, les aliviara, si no del dolor, al menos de la miseria y la orfandad que les amenazaban. Esto se llama hacer una obra digna de un pueblo cristiano y noble; esto se llama inaugurar moral y santamente un mes.

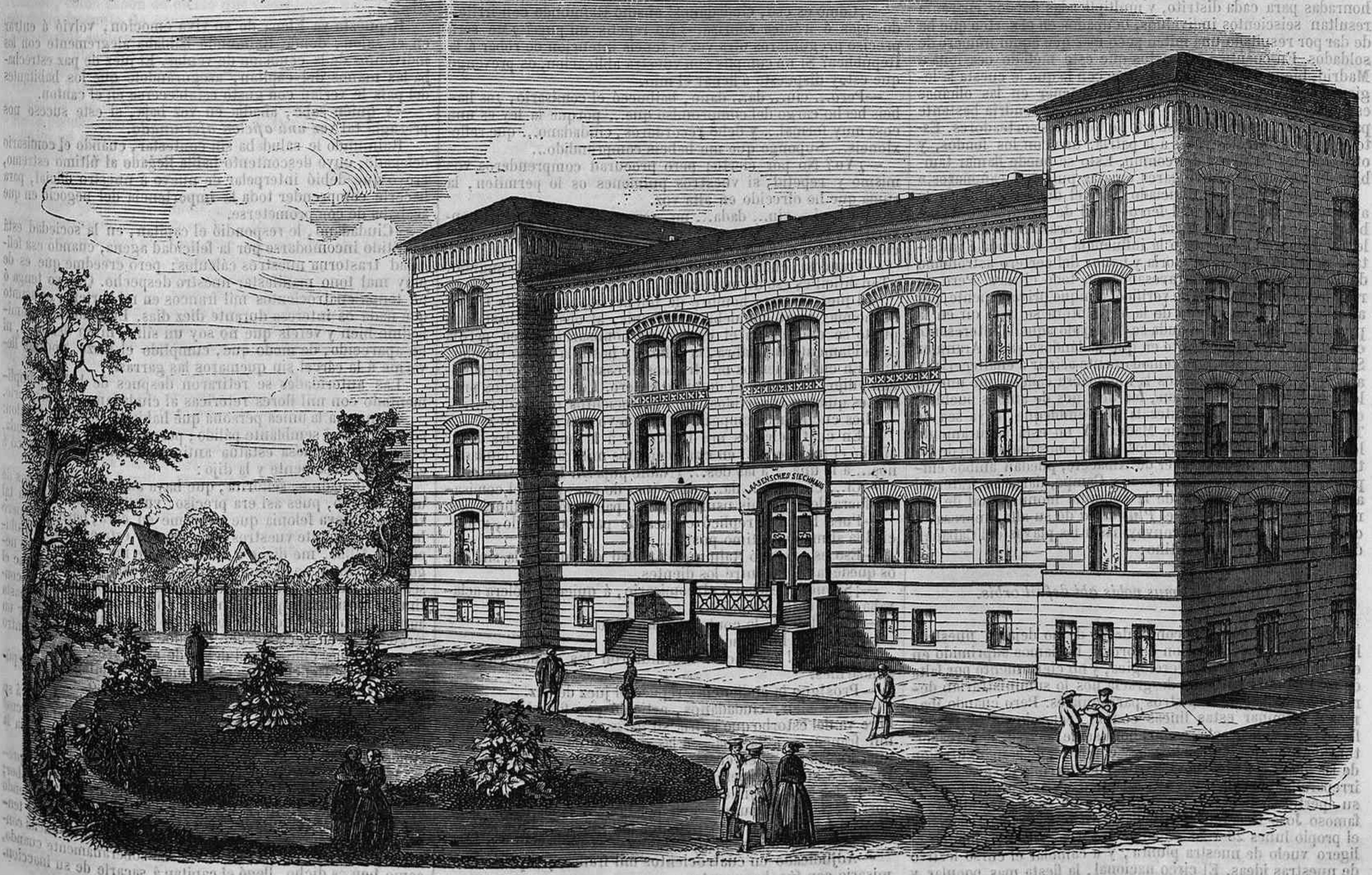
La política también lo inauguró en el mismo día con la

apertura del parlamento; pero la política de los hombres no gira en esfera tan elevada como el sentimiento religioso de la humanidad. Sus actos, por solemnes y aparatosos que sean, no brillan en atmósfera tan pura y exenta de sombrías nubes y mezquinas pasiones. Sus prosáicas luchas, sus enconados debates, suscitando un interés local y puramente de actualidad, no pueden aspirar á herir la cuerda mas sensible en todos los corazones, á interesar viva, profunda y unisonamente á la humanidad entera. La lira del poeta es el mas apropiado instrumento para espresar este sentimiento; para narrar las estériles discusiones de la política terrestre, bastaría cuando mas la pluma prosáica del escritor de costumbres. A no pocos de estos cuadros daria lugar la crónica parlamentaria de nuestro mes de marzo, que la cámara popular ha ocupado en discutir sobre las elecciones de sus miembros verificada en el mes anterior; pero á bien que por discreta, chistosa é incisiva que fuera la pluma encargada de bosquejarlos, y por rica de matices su paleta, aun quedarían pálidas y descoloridas al lado del retrato daguerreotípico ó *d'après nature* que se halla consignado en el Diario de las Sesiones. A él pues remitimos á nuestros lectores aficionados, envolviéndonos gustosos en esta ocasion como en otras en nuestra *impolítica é incensurable* nulidad.

Tampoco robaremos al famoso Sarrabal sus atribuciones, designando punto por punto y hora por hora la no interrumpida

serie de festividades religiosas que han ocupado como de costumbre el mes del equinocio primaveral. Solo si diremos, en descargo de nuestra conciencia de cronistas, que se cumplió bien y fielmente el programa; que los templos todos de nuestra religiosa villa resplandecieron durante la última mitad de la santa Cuaresma con el brillo de mil bujías—no de la Estrella;— resonaron con las voces de cien cantores—no todas en verdad *di cartello*;— oyeron los discursos de cien oradores, no exentos á veces de los resabios gerundianos; y acogieron las preces de millares de fieles, salmodiadas en un latin, no por cierto el mas académico, las lamentaciones del rey profeta, ó los sentidos ayes de la hija de Sion.

Pero en fin, prescindiendo de esos *vice-versas* que hasta en las ocasiones mas solemnes y en los actos mas sublimes vienen como de improviso á hacer asomar la risa á los labios del indiscreto observador, no puede negarse que el espectáculo que presentan en los dias santos nuestros templos, nuestras calles y plazas, es altamente patético y consolador, y desmiente las atrevidas aseveraciones de irreligiosidad y decreimiento achacadas á nuestro siglo por algunos rezagos del anterior. Hasta los mismos desórdenes que ellos justamente censuraron en tales dias, si no puede decirse que han desaparecido del todo, han disminuido por lo menos considerablemente: el desacato á los misterios de la religion celebrados en los templos, y de que solia hacerse alarde por una



Nuevo hospital de Glaaseu en Breslau.

San Juan

juventud disipada y licenciosa, no sería de modo alguno tolerado en el día; la pública ostentación de lamentable miseria al lado del mas ridiculo y ruinoso lujo, tambien lo repugnan nuestras costumbres.—Los mendigos mas ó menos ciertos que cubrian en tales dias las calles, haciendo gala de su desnudez ó de su deformidad, y pregonando en son plañidero sus dolencias, formaban un repugnante contraste con los trajes ostentosos y exagerados de la muger mundana; el sucio carretón ó el menguado asnillo sobre que ostentaban aquellos la cancerosa llaga ó la monstruosa conformacion de sus miembros, eran el antitesis mas deplorable de la dorada silla en que la aristocrática dama se hacia conducir por seres humanos á los templos del Altísimo. Ya no hay en nuestras procesiones religiosas cénicos ó alquilados *disciplinantes* que hagan profesion de su indecente penitencia; ya no hay carreras ni silbidos de los manolos á las basquiñas moradas ó al colorado chapin de las damas; no hay ya sermones improvisados en las plazuelas ni lamentaciones de ciegos en las esquinas, ni indecentes parodias de los misterios mas sublimes de nuestra religion en los templos; no hay tanta religiosidad en las bocas; pero la hay acaso mas verdadera en los corazones, y sobre todo muchísimo mas decoro, mas propiedad para esprearla. Y hasta la misma caridad, representada entonces por el desaseado lego que repartía á empellones la mezquina sopa á la puerta del convento, reviste hoy formas mas halagüenas en las delicadas manos de las mas distinguidas y bellas damas, pidiendo á la entrada del templo para los establecimientos de piedad.

Otro de los mas interesantes y espresivos cuadros de nuestra actual sociedad en el mes que acaba, y que recomendamos á la amable pluma de nuestro amigo Flores en la festiva pintura que está haciendo de *ayer, hoy y mañana*, fué la celebracion de la quinta para el reemplazo del ejército, que tuvo principio en Madrid el domingo 6. En ella puede apreciarse, acaso mas que en otro alguno de los actos públicos, los adelantos que en cultura, en moderacion y en los hábitos de orden ha hecho indudablemente nuestra poblacion, dejando pasar, puede decirse como desapercibido en ella, un suceso que, por lo mucho que afecta á la masa del pueblo, y por lo difícil que parecia despojarle del privilegio que en este punto disfrutaba esta capital por el antiguo régimen, pudiera creerse ocasionado á grandes tumultos y conflictos. Verdad es que al lado de esta sensatez, de esta inesperada moderacion de parte del pueblo en general, y en particular de lo que antes se designaba por los *barrios bajos* de Madrid, hay que consignar el sutil ingenio, la refinada inteligencia con que esa misma plebe, tan iliterata é ignorante, sabe hallar medio de eludir en detalle el ingenioso artificio de la ley, y burlar muchas veces las mas esquisitas precauciones, el mas espléndido alarde de medios desplegados para su cumplimiento por la autoridad municipal.—Y decimos espléndido, porque á la verdad no puede menos de causar grima el ver que con el objeto de simplificar ó metodizar aquella complicada operacion en Madrid, se ha adoptado el medio de subdividirle nada menos que en *cuarenta* distritos, en otros tantos locales, y con otras tantas comisiones, compuestas cada una de los sugetos siguientes: Un concejal presidente, tres vecinos mayores contribuyentes asociados, un eclesiástico ó cura de la feligresía, el ceadador del distrito, tres facultativos revisores, el secretario de la comision, un escribiente, el sargento tallador, un bernardino que hace de portero, y dos chicos de la Inclusa que sacan las papeletas; que son por lo menos quince personas honradas para cada distrito, y multiplicadas por los cuarenta resultan seiscientos individuos, ocupados en el sorteo que ha de dar por resultado una mitad poco mas que aquel número de soldados. En cuanto á los gastos que este método ocasiona á Madrid, bien puede asegurarse que con lo que le cuesta la legion de empleados que tiene que mantener en las oficinas especiales, las impresiones y acto del sorteo, tendria bastante para redimir legalmente la suerte de todos los sorteadores. Esto se llama servir dos veces á la patria: una con los fondos, y otra con los hombres del comun. Esto se puede llamar tambien en términos mas vulgares «matar pulgas á cañonazos.»

Aunque se habia anunciado para el día de San José la apertura de la seccion del ferro-carril de Aranjuez á Tembleque, no pudo tener lugar todavía, ó acaso no se quiso celebrar esta ceremonia bajo la influencia de la cruda é inusitada estacion, que para gloria y honor del certero astrónomo de Zaragoza venimos atravesando en todo el mes. Pero en realidad la inauguracion se verificó, aunque privadamente, por aquellos dias, y el silbido de la locomotora se dejó oír en la patria de D. Quijote. Sin duda se ha dejado aquella interesante ceremonia para el momento en que hallándose ya en Aranjuez S. M. la reina, pueda mas cómodamente asistir é enaltecerla, y abrir con sus propias manos la misteriosa cadena que une ya los nombres, la civilizacion, los destinos de ambos pueblos; que hace de Madrid la antesala de Tembleque, ó ya sea de Tembleque el vestibulo de Madrid. Y no está seguramente lejos el día en que avanzando los valencianos por el lado de Jativa, y los madrileños por el de Albacete, puedan ambos empresarios, los señores Salamauca y Campo, darse su fraternal abrazo de Vergara al pié de la columna monumental de Almansa, grabando en ella el *Plus ultra* de su alta empresa, y continuando en unisono convoy hasta las playas del Cabañal, diciendo como el poeta latino:

Hic tandem stetimus nobis abi defuit orbis.

Deliberadamente, y con el deseo de no dejar á nuestros lectores ninguna impresion dolorosa, habiamos suprimido en esta revista la seccion necrológica, y no ciertamente por falta de argumento, pues por desgracia nos lo suministrarían demasiado ámplio los registros parroquiales. Pero cuando íbamos á terminar estas líneas con el recuerdo de la pascua florida, y á tomar acta, como ahora suele decirse, de la reapertura de todos los teatros líricos y cómicos, de la inauguracion de las fiestas del circo matritense, una terrible desgracia, una irreparable pérdida que en el mismo día y á la propia hora de su apertura sufrió este en la persona de su primer atleta, el famoso José Redondo (el Chiclanero), muerto de enfermedad el propio lunes 28 á las cinco de la tarde, viene á embotrar el ligero vuelo de nuestra pluma, y á cambiar el curso festivo de nuestras ideas. El circo nacional, la fiesta mas popular y

esclusiva de España, puede decirse que ha bajado al sepulcro en el discurso de un año en la persona de dos insignes hijos de Chiclanera—MONTES Y REDONDO.

EL CRONISTA.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPITULO VIII.

La adjudicacion.

Nunca habia estado Raimundo en el castillo de Rencey; pero guiado por su propio deseo no vaciló una sola vez ni equivocó el camino entre las alamedas del parque: llegó pues al edificio feudal con tanta seguridad como si mil veces se hubiera dirigido á él, subió por la escalera principal, atravesó la antecámara, atestada de aldeanos que habian acudido á Rencey, y entró resuelto en el salon grande, donde se hallaban alrededor de una mesa el juez de paz del canton, el ciudadano comisario, delegado de la comision de ventas de *bienes nacionales*, el notario del distrito, muchos escribientes, el ciudadano alcalde, con su ancha banda tricolor, y varios gendarmes encargados de mantener el orden.

Se estaba procediendo ya, en virtud de las disposiciones de la ley, á la venta pública de la tierra señorial y castillo llamado de Rencey.

La brusca entrada y el continente imperioso de Raimundo interrumpieron aquella operacion, y ocasionaron murmullos en la asamblea: los gendarmes se acercaron al recién llegado.

—Ciudadano, exclamó el comisario delegado, habeis perturbado el cumplimiento de nuestros deberes. En nombre de la ley requiero al ciudadano alcalde, encargado de la adjudicacion, para que haga despejar al interruptor.

—¡Oh! ¡oh! repuso Raimundo con inexplicable audacia. ¿Gendarmes á mí, ciudadano comisario? Cometéis un absurdo. ¿Con que aquí se amenaza con fuerza armada á los que vienen á ofrecer sus capitales para la República? Vamos, ciudadano comisario, se me figura que me corresponde acusaros, pues si habeis que me retire robais á la nacion, porque pretendo presentarme á la subasta.

Todos quedaron admirados al oír esto, y mil cuchicheos esparcieron por el salon confusos murmullos. El ciudadano comisario, avergonzado de lo que habia dicho, ocupó de nuevo su sitio, ajustándose bien la banda para disimular su derrota. Dos gendarmes presentaron un sillón á Raimundo, y este se arrojó en él con toda la gravedad que requiere la situacion, y con toda la franqueza de su carácter.

—Prosigamos las pujas, ciudadanos, dijo el juez de paz. Casi todas las bujías fatales estaban ya apagadas, y solo restaban dos encendidas. El comisario gritó con voz de faldete:

—Ciudadanos, en trescientos cuatro mil y quinientos francos el dominio entero con el castillo y sus dependencias.

—Cuatrocientos mil francos, exclamó Raimundo como si mandase un cambio de frente á su compañía. Elevóse un grito general, y no parecia sino que un rayo acababa de caer en medio de los espectadores de aquella escena. Aturdido el comisario, con la boca abierta y los ojos como puños, no podia decidirse á repetir aquella cifra enorme, que llegaba de un solo embite al máximun de todas las sumas calculadas.

—¿Cómo es eso, ciudadanos! añadió Raimundo con irritados ojos é irónica sonrisa. ¿No repetís mi puja? ¿Me será preciso preguntar otra vez si tenéis intencion de robar á la República? Si no cumplís con vuestra abligacion, os prevengo que estoy dispuesto á llenar el mio.

—Pero... ciu... da... dano, balbuceó el comisario, ¿os habeis hecho cargo del compromiso que... porque la ley es una cosa muy formal... y debo recordaros, ciudadano... que reflexioneis... Supongo que me habeis comprendido...

—¿Yo? No por cierto; pero procurad comprenderos vos mismo y repetid, si vuestros pulmones os lo permiten, la suma que he ofrecido en alta voz.

—Si... si... ciu... dada... no, respondió el comisario, convertido de repente en tartamudo. Decíamos pues... en cuatrocientos mil... mil... mil...

—Francos, cuatrocientos mil francos, gritó Raimundo. ¿Tan difícil es eso de masticar?

El juez de paz, hombre de buenas maneras y de franca fisonomía, creyó que debía intervenir, al observar hasta qué punto se embrollaba el ciudadano comisario, quien perdía decididamente la palabra, la cabeza y hasta la banda tricolor.

—En cuatrocientos mil francos el castillo y sus dependencias, dijo, así como el dominio entero. Los ciudadanos presentes quedan advertidos. En cuatrocientos mil francos...

Los cuchicheos empezaron de nuevo con mas viveza. —En cuatrocientos mil francos... á la una... á las dos... añadió el juez de paz: en cuatrocientos mil francos, ciudadanos... á la una... á las dos... ¿Nadie puja?... En cuatrocientos...

—Ci... ci... ciu... da... dano juez de paz, gritó el comisario fuera de sí; estais usur... pan... pando mis atribuciones.

—Pues bien, le replicó el juez de paz con enfado, anunciad la suma del último postor...

—Eso es, repitió Raimundo; tratad de publicarla sin que os quede la mitad entre los dientes.

—¡Silencio! exclamó el comisario, á quien la cólera aclaraba el gaznate: silencio...

—Hablad pues, le contestó Raimundo.

—¡Silencio he dicho!

—¡Silencio! ¡Silencio! murmuraron los alguaciles y los gendarmes.

—Prosigue la audiencia, repuso el juez de paz.

—Pues bien, ciudadanos, articuló por fin el comisario, libre ya del estorbo que sufría su garganta; en cuatrocientos mil francos... á la una... á las dos... ¿Nadie puja?... A la una... á las dos... en cuatrocientos mil francos el castillo de Rencey y sus dependencias, con el dominio entero y conservando los amojonamientos estipulados... A la una... á las dos... ¿Nadie pronuncia una palabra?... A la una... á las dos... á las tres. En cuatrocientos mil francos.

La última buja se apagó.

—Adjudicado en cuatrocientos mil francos, repitió el comisario con fúnebre acento.

—Adjudicado, dijeron el alcalde y el juez de paz.

Un inmenso alboroto sucedió á esta escena, pues todos se empujaban, preguntándose, hablando á un tiempo, y queriendo solo empuje habia franqueado la distancia de trescientos cuarte; fenómeno que tal vez no volveria á reproducirse en los anales de las adjudicaciones y de las ventas por justicia.

En cuanto á Raimundo, se hallaba tan tranquilo como si acabase de comprar un buen par de pistolas. Fué sin embargo llamado por las autoridades, y el juez de paz puso en su conocimiento todas las cláusulas del compromiso que habia contraído.

—No ignorais, ciudadano, añadió sonriéndose el honrado magistrado, que la ley os concede un plazo de diez dias para entregar por completo el importe de la venta, pero entendiéndose que ha de ser en metálico sonante. Tambien debo advertiros que, espirado el plazo sin haberse cumplido la entrega total del importe, la ley castiga con seis meses de cárcel y con la multa de...

—Sé todo eso perfectamente, ciudadano juez de paz, le respondió Raimundo; pero os doy las gracias por vuestros recuerdos. Lo único que deseo es que se me autorice para entregar los fondos en París.

—Está bien, ciudadano, en el Tesoro público, y se mencionará así en el acta de adjudicacion. Procedamos ahora á las formalidades de costumbre, y decidme vuestro nombre.

El capitán no se hallaba preparado para esta pregunta, y conoció que iba á desaparecer el *incógnito* que hasta allí habia guardado. Pero midiendo con rápida ojeada la estension del peligro y los enérgicos medios que podia emplear para vencerlo, no vaciló un instante, y contestó con voz clara y sonora:

—Me llamo Francisco Raimundo, tengo veintiseis años, y soy capitán de caballería y ayudante del estado mayor de Bonaparte, general en jefe del ejército de Egipto.

Un silencio solemne acogió estas palabras, y todos se descubrieron ante el jóven militar que habia compartido los peligros y las glorias de un grande hombre y de un ejército inmortal. Redactada ya el acta de venta, leída y firmada, iba á retirarse la multitud y las autoridades levantaban la sesión cuando se vió aparecer en el salon un anciano alto, ataviado con un traje completo de caza y empuñando un látigo. Era el ex-marqués de Rencey, el propietario, hasta aquel día del señorío que acababa de ser adjudicado; era el noble loco que, juzgando aquella escena tumultuosa una fiesta, de la cual debía ser el héroe, habia huido furtivamente de la estancia en que le confinaban, para mezclarse como en otro tiempo entre sus felices vasallos. Con la sonrisa en los labios y con el júbilo retratado en sus miradas, saludó á los espectadores afablemente, dando la mano á la mayor parte de los que le rodeaban y agradeciéndoles su asistencia en términos afectuosos.

Aquello era para enternecer á los mas indiferentes, y multitud salió silenciosamente, quedando en el salon las autoridades. Elena se presentó de pronto, y cogiendo á su padre por el brazo, le dijo dominando la emocion que sentia:

—Venid, padre mio, pues aunque todos se regocijan aquí al veros, nadie quiere privaros de vuestra partida de caza.

Hablando así, condujo al marqués fuera del castillo. En el patio se veian dos caballos ensillados, en uno de los cuales montó el señor de Rencey, y se alejó seguido de un criado.

Repuesta ya Elena de su viva emocion, volvió á entrar en el salon, donde Raimundo hablaba alegremente con los individuos de la comision de ventas. El juez de paz estrechaba las manos del capitán, asegurándole que los habitantes del país le verian con gusto establecerse en el canton.

—Y quién sabe, añadía en voz baja, si este suceso nos presagia tal vez una *aficion afortunada*.

Raimundo le saludaba sin contestar, cuando el comisario delegado, cuyo descontento habia llegado al último extremo, creyó que debió interpelar de nuevo á nuestro oficial, para hacerle comprender toda la importancia del negocio en que acababa de comprometerse.

—Ciudadano, le respondió el capitán, en la sociedad está admitido incomodarse por la felicidad ajena, cuando esa felicidad trastorna nuestros cálculos: pero creedme que es de muy mal tono manifestar nuestro despecho. Que yo tenga ó no tenga cuatrocientos mil francos en mi cartera, es asunto que nada os interesa durante diez dias. En todo caso examíname bien y vereis que no soy un silfo, ni un demonio, ni un aparecido, de modo que, cumplido el plazo, podreis llevarme á la cárcel sin quemaros las garras.

Las autoridades se retiraron despues de haber cumplimentado con mil flores retóricas al ciudadano adjudicatario. Elena era la única persona que habia quedado en el salon, en pié, con el semblante pálido, permanecia inmóvil y muda, como una hermosa estatua antigua. Raimundo se acercó á ella respetuosamente y la dijo:

—Perdonadme, señorita, que haya adquirido los bienes de un emigrado, pues así era preciso: vuestro padre tendrá tal vez una nueva felonía que echarme en cara; pero yo espero hallar gracia ante vuestros bellos ojos, y esta es toda mi ambicion... Adios, me dirijo á París, donde me llevan graves negocios, como no ignorais. Solo me resta aplicaros que el señor de Rencey nada sepa de cuanto ha ocurrido, y que continuéis residiendo pacíficamente en el castillo, como hasta aquí, supuesto que su propietario tiene que emprender un largo viaje en servicio del Estado. Adios, señorita, dentro de pocos dias cumpliré el deber de escribiros.

Elena de Rencey ofreció su mano al capitán de la República, y él la besó con respetuosa marcialidad.

Un cuarto de hora despues encontró nuestro oficial á su buen camarada tendido sobre la yerba al pié del árbol al cual habia quedado atado, y ambos corrieron á escape hácia la ciudad de Tours.

Durante la escena llena de emociones que se habia representado en el castillo, Sultan relinchó y pafó á su sabor, mas no pudiendo reprimir su impaciencia, y no queriendo dar un disgusto á su amo, tomó el prudente partido de tenderse, y estirándose cuanto podia y frotándose las ancas contra la corteza del árbol, se fastidiaba soberanamente cuando, como hemos dicho, llegó el capitán á sacarle de su inaccion.

CAPITULO IX.

El depósito.

Veinticuatro horas despues llegaba á París el capitán Raimundo, y habia cerrado ya la noche cuando atravesaba los Campos Eliseos para dirigirse á su alojamiento de la calle del Arrabal San Honorato. Bernard conoció los pasos del caballo, corrió á la puerta, abrióla apresurado, y la volvió á cerrar con precaucion no bien entró el capitán en el patio.

—¡Hola, Bernardo! ¿Qué tenemos de nuevo? preguntó el oficial llevando el caballo á la cuadra.

—Ya os lo diré, capitán, respondió el conserje con misterio.

—¡Demonio! ¿Hay anguila debajo de la piedra?

—Hay... hay que mi capitán es un guerrero dichoso.

—De veras? explicat.

—Vamos á cenar, mi coronel.

—Eso es imposible.

—Venid, mi general, venid.

—Es una verdadera desdicha que se hayan suprimido los mariscales, repuso Raimundo entrando en la habitacion, donde Margarita le esperaba poniendo la mesa.

Bernardo se apresuró á sacar dos cartas que habian llegado el dia anterior, dirigidas al capitán Raimundo.

—Aquí tenéis, en primer lugar, le dijo, un pliego que ha traído un ordenanza montado.

—Bueno, contestó el oficial; una orden del estado mayor para mañana: se han empeñado con furor en que todos los dias he de ir á enseñarles la cara, porque sin duda les cuesta gran trabajo acostumbrarse á mi fisonomia. Vamos, Bernard, francamente, ¿me parezco á un conspirador ó á un pícaro realista?

—Silencio, silencio, capitán, dijo Bernard; os pareceis á un hombre honrado y hé ahí por qué...

—Sin duda tienes razon, Bernard, y eso les da en qué pensar. ¡Ah Bernard, qué malo eres!

—Esto sí que no es malo ni feo. La *misiva* ha sido entregada por una hermosa dama en persona, cuyo carruaje ha parado delante de la puerta. La dama ha hecho que me llamen, y ha pronunciado las siguientes palabras, sacando un poco la cabeza por la portezuela: «Este billete para el capitán Raimundo.» Pero las ha dicho con una voz tan flautada, y me ha entregado la *misiva* con una mano tan blanca, que he permanecido estático y trastornado. El carruaje estaba yalejos, y todavía no me habia movido yo del dintel de la puerta; permanecia allí estrujando el billete, cuyo perfume me embriagaba como un vino fuerte...

—Eres, Bernard, demasiado sensible; señora Margarita, andad con tiento, porque vuestro esposo se inclina mucho hácia las tentaciones.

Al decir esto, abria Raimundo el billete, en el cual leyó lo que sigue:

«Sois un mal hombre, un turco, un mameluco, un beduino, un enemigo implacable. ¡Me habeis abandonado, despues de haberos dado yo una prueba de adhesion, libertándolos del lazo que os tendian en el Luxemburgo. Debierais, por mi parte, dejaros en manos de vuestra propia suerte; pero soy generosa. Os espian, sabrán vuestro verdadero nombre, como saben de cierto que conspirais, y os cojerán en delito fragante de conjuracion. La policia se ha encargado de que seais criminal, y así tened cuidado. Barras está furioso; el abate Sieyes os teme y quiere veros; Fouche desconfia de veros, y sigue vuestros pasos por medio de sus agentes; Talleyrand no pronuncia una palabra, pero oye á los que hablan de vos, cierra los ojos, y reflexiona. Si creéis que os pueden comprometer, salid de París... os ofrezco un asilo en mi yermo de Montmorency.»

«Adios ingrato, turco y mameluco.»

CORALY.

—Es una jóven muy buena en el fondo, murmuró Raimundo, quemando el billete en la llama de la bujía.

—Pues yo la tengo por una gran señora, repuso Bernard.

—¡Oh, sí... en efecto, y tiene su corte!

—¡Bah! observó Margarita, poniendo en la mesa un potaje de guisantes; será alguna reina de teatro. Así como así, desde la revolucion solo tenemos princesas de este género: no importa, señor conde; andando el tiempo nos vendrán otras.

—Vamos, vamos, Margarita, dijo el capitán; acordaos de que soy republicano.

—¡Vos!... Lo mismo que yo, señor conde.

—Margarita, vuestros principios son peligrosos, y vuestros propósitos subversivos, pero vuestra cena es excelente.

En efecto, el capitán cenó con grande apetito: despues que tomó el café, encontrándose á solas con Bernard, se puso algo serio, é hizo que la conversacion fuese recayendo poco á poco sobre intereses de familia. El honrado conserje, en su calidad de antiguo mayordomo, le proporcionaba todas las noticias que su memoria y sus notas podian suministrarle.

—De modo, dijo Raimundo, que á la muerte de mi pobre padre solo me quedó en propiedad este palacio y las tierras de Vandore en Borgoña.

—Nada más, señor conde. Aquellas tierras valian muy bien antes de la revolucion unos seiscientos mil francos; pero en el dia no se hallará tal vez quien ofrezca trescientos mil: en cuanto al palacio, que se valuó en cien mil escudos, se venderia hoy á lo sumo en ciento veinte ó ciento treinta mil francos.

—Decididamente es cuanto nos queda, ¿eh, Bernard?

—¡Ah! sí, señor conde. Vuestro respetable padre vendió dos magnificas posesiones en Berry, despues que marchásteis al extranjero: al presente, si no hubiera obrado así, estarian aquellas haciendas en secuestros y se llamarian bienes nacionales como todo lo demás.

—Y el valor de dichas posesiones, mi querido Bernard?

—El señor conde recibió por ellas grandes sumas...

—Amigo mio, eres tan discreto como leal. ¿Quieres que yo, á mi vez, te dé noticia de esas sumas?

El conserje miró á su amo con una expresion de astucia y de contento muy significativo.

—¿Con que por fin recibisteis en Alemania el paquete la-

crado? exclamó. Bendito sea Dios: se lo confió á un servidor de la casa que iba á reunirse con los emigrados.

—Hé aquí la carta incluida en el paquete, dijo Raimundo. Y al mismo tiempo le estrechó la mano con afectuosa viveza, y añadió:

—El paquete contenia seis mil francos en oro, que no han contribuido poco á salvarme la vida cinco ó seis veces. En cuanto á la carta de mi padre, sellada con lacre negro... ayer la abrí por primera vez á cuarenta leguas de aquí. ¿Sabes lo que hay escrito en el sobre?

—Sí, contestó Bernard enjugándose las lágrimas: pareceme estar viendo á mi anciano señor cuando cerraba la carta y escribia esas palabras. ¡Ah! Dejadme, dejadme que las contemple otra vez.

Raimundo estaba muy conmovido, y se paseaba por la estancia como para dominarse. El buen Bernard cojió la carta que el oficial habia dejado en la mesa, se puso los anteojos, y leyó lo siguiente con acento poco seguro:

«A Raimundo.

»Raimundo solo abrirá esta carta cuando vuelva á Francia, y en una de las dos circunstancias que voy á mencionar:

»1.º En caso de que, á consecuencia de arreglarse los negocios públicos, llegue á posesionarse pacíficamente de sus bienes: 2.º En caso de que se viesse espuesto á ser desposeido por venta de sus bienes en nombre de la nacion.

»Bernard, que está enterado del contenido de esta carta, queda encargado de velar por los intereses de Raimundo, y de avisarle á tiempo, si le es posible hacerlo.»

—Sí, sí, mi querido amo, exclamó el buen conserje, cuyas lágrimas corrían con abundancia: he velado... he guardado... y os hubiera avisado... ó mas bien hubiera corrido con el depósito, con el tesoro hasta el fin del mundo, para buscaros... hubiera revuelto todos los rincones del globo... ¡Oh! Seguro estoy de que os hubiera encontrado en alguna parte.

—Ven, Bernard, ven, le dijo el capitán.

Y le estrechó en sus brazos con entrañable afecto: el honrado conserje lloraba de placer, como un padre que recobra á su hijo perdido.

—¡Hola, capitán! repuso de pronto: supuesto que habeis abierto la carta, ¿acontece alguna cosa extraordinaria? Nuestros bienes, que estan de venta hace tiempo y que no se han adjudicado por falta de licitadores, nuestros bienes, quiero decir, este palacio y las tierras de Vandore, ¿se ven hoy tal vez en peligro de pasar á otras manos? Sin duda sabeis algo, cuando habeis roto los dos sellos negros... porque si no... os conozco demasiado.

—Sí, sí, Bernard, algo hay en efecto, se apresuró á decir el oficial. Es preciso apresurarnos y sacar de aquí el depósito, el tesoro, como tú le llamas: la carta dice que está...

—En la cueva... debajo de mi cuarto... en el ángulo del fondo... hácia la derecha... bajo una baldosa, cubierta con una capa de yeso.

—Eso es, contestó Raimundo: el depósito consiste en oro, y se halla encerrado...

—En una arquilla de hierro, cuya llave tengo yo.

—Perfectamente, la tal arquilla debe estar ya bien enmohedida. Vamos, Bernard; coje una luz y los útiles necesarios para desenterrarla, en tanto que yo bendigo la memoria de mi ilustre padre.

El capitán y Bernard bajaron á los sótanos del palacio, y la operacion de exhumar el tesoro quedó ejecutada con prontitud y con todas las precauciones posibles. La misma Margarita, que dormitaba en un gran sillón muy cerca de ellos, nada oyó, y media hora despues Raimundo y el fiel conserje depositaban sobre una mesa de la habitacion del primero la roñosa arquilla de hierro, cuya cerradura se resistió bastante á las vueltas de la llave. Por fin se abrió, y vieron que contenia cuatrocientos sesenta cartuchos de oro en luises y dobles luises.

—Cuatrocientos sesenta mil francos, dijo el capitán. ¿No es eso?

—Como decís, y como lo atestigua la declaracion del conde de vuestro padre, respondió Bernard. La suma está intacta, y podeis convenceros de ello, capitán.

—¡Yo! exclamó Raimundo. ¿Con que me crees capaz de hacerte semejante injuria? Ea! añadió con una fuerza de voluntad, cuya causa no adivinó el conserje, es necesario que esta caja permanezca cerrada con dos llaves en este armario, de modo que pueda disponerse de ella á la primera señal.

—¡Ah! Es decir que el hotel y nuestras tierras de Vandore van á venderse. En fin, paciencia; y supuesto que tenemos oro, me presentaré como licitador, sirviéndoos de testafarro; ¿entendeis, capitán? Eso será lo mejor, y despues, cuando llegue una ocasion propicia, echaremos al diablo el incógnito, os posesionareis públicamente de vuestros bienes, y yo... yo seré siempre vuestro fiel criado. De ese modo tambien cumpliremos satisfactoriamente todas las instrucciones de vuestro difunto padre, el señor conde mi amigo, porque no debemos olvidar que su carta es una especie de testamento.

Al escuchar estas razones, no pudo menos de estremecerse Raimundo; pero Bernard creyó que aquel movimiento era efecto de las emociones que el jóven no podia contener. No añadió por lo tanto una palabra mas á sus anteriores reflexiones, ayudó al capitán á colocar en el fondo de un armario que habia en el aposento el bien hallado cofrecillo de hierro, única y última esperanza de fortuna que quedaba al heredero del conde de Vitry.

El capitán dió de nuevo las gracias á Bernard, y le ofreció positivamente que aseguraria el bienestar de su vejez y el de la de Margarita.

—Bien, bien, contestó aquel hombre excelente: dad principio por asegurar vuestros bienes, porque demasiado sabemos, capitán, que estando vos por medio, los dos antiguos servidores del conde vuestro padre no se morirán por falta de recursos.

Hablando así, se separaron. La noche estaba ya muy adelantada, y Raimundo estuvo escribiendo hasta las cuatro de la mañana. Al amanecer se acostó vestido, pues el cansancio le anonadaba, y sus emociones, contenidas hasta allí con la mayor energia, se manifestaban violentas y tempestuosas.

CAPITULO X.

Entre un abate y un obispo.

Dos dias despues de haber exhumado la arquilla de hierro, nuestro buen capitán se hallaba de bellissimo humor, pues á fuerza de carácter habia logrado imponer silencio á las serias cavilaciones que le asaltaban. La tarde del segundo dia volvió mas temprano que lo que acostumbraba al hotel, y preguntó si un ciudadano llamado Clemente habia ido á buscarle. El conserje le entregó una carta, que contenia estas palabras:

«Hace dos horas que estoy en París, y traigo en toda regla los papeles que me encargó el señor capitán antes de su partida de Rencey. Estoy á las órdenes del señor capitán.»

Firmado.—CLEMENTE.

—Este sujeto volverá hoy mismo, dijo Raimundo al conserje, y harás que suba á mi cuarto.

—Otro agente de policia, murmuró Bernard. Desde la llegada de mi sobrino no cesan de venir á olfatear á la puerta. Pero en fin, capitán, ¿qué es lo que exigen de vos?

—Lo ignoro, á fé mia.

—¿No os parece mejor que neguemos la entrada á ese agente de quien habeis hablado?

—Librete Dios de hacerlo, porque te acreditarías de muy mal diplomático. La policia ve mucho y desde lejos, y cuanto mas se oculta uno de ella, mas pronto se ve cojido.

—Ya lo conozco; pero ¿dónde diablos habeis aprendido todo lo que sabeis?

—Como te he dicho, harás que suba á mi cuarto el ciudadano Clemente: es hombre de costumbres muy pacificas....

—Como el gato, capitán: si me dejara llevar de mi genio, tomaria la medida de su espinazo con un excelente junquillo que tengo prevenido para casos semejantes.

—Nada de violencias ni de vias de hecho, Bernard: me interesa muchísimo hablar con ese ciudadano.

Una hora despues entraba en el cuarto del capitán el hombre á quien este esperaba. El honrado mayordomo del castillo de Rencey no sospechaba en manera alguna las terribles prevenciones que habia inspirado al conserje del palacio de Vitry, aunque bien pudo ver que Bernard no le recibia con los brazos abiertos.

Raimundo cerró con llave la puerta de su estancia, lo cual aumentó el mal talante de su fiel servidor. Mas se trataba de un asunto muy importante, y el capitán queria el secreto ante todo. Así fué que habló con el ciudadano Clemente en voz baja y con infinitas precauciones oratorias.

—Soy de ese mismo pensar, replicó Barras.

—¿Pero de dónde proceden esos fondos del capitán? preguntó Gohier.

—Yo os aseguro que no han salido del bolsillo de Bonaparte, dijo Barras. El pobre caudillo nos ha dirigido diez pliegos desde que salió de Tolon, pintándonos la escasez de recursos de sus tropas, y recuerdo perfectamente que á ninguno de ellos hemos contestado.

—Es cierto, observó Moulins: reasumiendo, diremos que ese oficial dispone de sumas considerables, ¿quién se las facilita? He aquí la primera cuestion. ¿Conspira? Esta es la segunda. ¿Con quién y para qué fin conspira? Ya tenemos la tercera.

Eso atañe al ministro de la policia, repuso Barras. ¿Por qué no nos informa mas circunstanciadamente?

El criado entró de nuevo en el salon, y puso en manos de Roger-Ducos, que hasta entonces no habia desplegado los labios, una carta de parte del ciudadano Sieyes.

Vamos, vamos, exclamó Barras; nuestro amigo Ducos nos explicará algunas cosas, supuesto que le escribe su abate.

—Ciudadanos cólegas, pronunció Roger-Ducos, el abate sabe tal vez á estas horas mas que nosotros: el capitán del estado mayor de Bonaparte ha estado dos horas en el gabinete de Talleyrand, donde se hallaba tambien Sieyes.

—¡Ah! ya le hemos pillado, gritó Barras, porque el pobre diablo, al verse entre un abate y un obispo debe haber hecho una confesion general.

Una carcajada general acojió estas palabras; pero Roger-Ducos leyó una posdata de la carta, que contenia lo siguiente:

«Debo manifestaros que el tuno es impenetrable, pues ha hablado tanto, que ha agotado nuestra paciencia y nuestra curiosidad, y hemos sacado en limpio que nada nos ha dicho.»

Barras fué el único que se rió estrepitosamente al oír esto. El consejo improvisado levantó la sesion y se dispersó. Barras creyó que todavia debia permanecer en su sillón, pues tenia una cuenta que solventar con esa hermosa divinidad, llamada somnolencia, amable y generosa amiga de la digestion.

—Bernard... Bernard... amigo mio... no vives en este siglo, pues tu rígida virtud te haria desconfiar de Caton y de Cincinato.

El capitán empleó parte de la noche en escribir, y á las seis de la mañana ya estaba en pié. A las nueve se metió en un carruaje, pero antes tuvo la precaucion de alejar del hotel, con varios pretextos, al inflexible conserje, cuyas miradas eran tan perspicaces como austera su virtud.

Las doce daban en el reloj de los Fuldenses, cuando nuestro oficial entraba en el jardin de las Tullerias con el rostro radiante de alegria, y con tranquilo continente. Raimundo aspiraba voluptuosamente la fresca brisa que hacia ondular las hojas de los árboles; iba y volvía de una alameda á otra lentamente, con la frente erguida y sombrero en mano, departiendo tal vez con las tortolillas que volaban de rama en rama, ó con algun silfo invisible, que constituia su dicha y su esperanza. Despues que se hubo saturado á su sabor con aquellos perfumes de la naturaleza, se dirigió á la calle de San Florentino. Tenia que ver aquel dia al ciudadano Talleyrand, y con el mayor aplomo y sangre fria entró en el portal del hotel en que habitaba el ministro de negocios extranjeros.

No trataremos de seguir á nuestro oficial hasta el gabinete de M. de Talleyrand, pues es probable que antes de llegar á él nos obligase algun ujier á tomar el camino de la escalera. Nos dirigiremos al lado opuesto, y flanqueando el solitario bulevar de la Magdalena, ó mas bien de las Capuchinas, subiremos hasta el pabellon de Hanóver, de galantes recuerdos, y entraremos en la calle de la *Calzada*, para detenernos delante de un bellissimo enverjado, que servia de barrera al patio de una casa á la italiana, como se decia en aquel tiempo.

(Continuará.)

EL PUENTE DE ARENA.

Un distinguido arquitecto, al que daremos el nombre de Preval, pasaba cierto día por una calle, cuyo empedrado se estaba componiendo, y se detuvo delante de un montón de arena, en el cual jugaba un niño como de once ó doce años. El juego que parecía absorber completamente la atención del adolescente nada de extraordinario tenía en sí mismo; construía un puente, cosa muy sencilla por cierto, pues todos hemos hecho lo mismo con arena ó con nieve en los alegres tiempos de nuestra niñez. Pero lo que había llamado la atención de M. Preval, era el carácter original y grandioso de la arquitectura de aquel puente, así como la gracia, la lijereza y al mismo tiempo la osadía de sus arcos, que ascendían á siete ú ocho: había efectivamente en aquella débil obra todos los indicios de una concepción rica y de una gran previsión, la práctica admirablemente unida á la mas sabia teoría. M. Preval estaba admirado, pues conjeturaba la edad del niño, y al mismo tiempo dirigía sus miradas á los harapos que le cubrían. Se acercó pues á él, y tocándole suavemente en el hombro, le preguntó:

—¿Quién te ha enseñado á hacer un puente como ese, amiguito?

El niño levantó la cabeza y le contestó con cierta altivez:

—Nadie, caballero; acabo de imaginarlo ahora mismo.

—Pero sin duda habrás construido otros antes de ahora, y sin duda los ensayos anteriores te han servido para esa última obra.

—No lo creais. Me ocurre una idea, al punto pongo manos á la obra y la ejecuto sin descansar, pues no me gusta empezar dos veces una misma cosa: lo que hago cuando encuentro arena es construir puentes, así como edificar casas, si tengo piedras á mi disposición. Ahí estais viendo la que he levantado antes de dar principio á mi puente.

M. Preval miró hácia el lado que le designaba el niño, y no se maravilló menos al observar su segundo prodigio. Esto no obstante, se permitió hacer varias observaciones críticas,

creía que veinte años de estudios y de experiencia me daban algún derecho para manifestar mis opiniones.

—¿Con que sois arquitecto, caballero?

—Sí.

—Sois un hombre dichoso; por mi parte nunca alcanzaré esa felicidad.

—¿Por qué?

—Porque mis padres han muerto, y porque mi tía, que á duras penas puede ganar para comer, espera con impaciencia el día en que pueda yo comulgar para hacerme sentar plaza de grumete en la marina real.



Hospedería de Grimsel.

—¿Cómo te llamas?

—Victor L...

—Pues bien, Victor: ¿qué dirías si yo te propusiera que vinieses á vivir conmigo y á estudiar bajo mi dirección la arquitectura?

—Aceptaría la proposición al momento, y no os arrepentiríais de habérmela hecho, porque os querría mucho y sería un buen discípulo.

—Llévame pues sin perder tiempo á casa de tu tía.

Victor, sin embargo, no se atrevía á moverse, é imaginándose que M. Preval quería burlarse de él, le miraba con desconfianza.

—¿Qué aguardas? ¿No ves que te hablo con formalidad?

Y como el tono de M. Preval no admitía la menor duda, Victor echó á andar arrojando al aire el gorrillo de lana que cubría su cabeza, para dar á entender el júbilo que embargaba sus sentidos. Después de mil vueltas y revueltas llegaron por fin al punto á que ambos se encaminaban.

Para arreglar un negocio que convenía á todas las partes, no se necesitaba gastar mucha elocuencia ni demasiado tiempo; cinco minutos bastaron á M. Preval para instruir á la tía de sus intenciones y obtener el consentimiento de la misma: en cuanto á Victor, abrazaba á los dos, ofreciendo á su bienhechor serle sumiso y adicto como á un padre, y á la buena anciana, hacer pronto fortuna para aliviarla en los últimos días de su vida: mas como no era probable que la fortuna de su sobrino llegase á tiempo, por mucho que él se apresurase á adquirirla, M. Preval adelantó, con el señalamiento de una pensión, la generosa promesa de su protegido.

Victor se instaló desde entonces en casa de M. Preval, quien, muy lejos de arrepentirse de lo que había hecho, tuvo diariamente nuevos motivos para aplaudir su elección. Nuestro jóven constructor de puentes de arena llegó á ser en poco tiempo uno de los mas aventajados discípulos del célebre arquitecto, y justificó la predilección de su maestro, no solo por el rápido desarrollo de sus facultades, sino manifestando hacia él los mismos sentimientos de afecto que un padre hubiera podido desear en el corazón de su hijo.

Diez años trascurrieron, durante los cuales no desmintió Victor un solo instante las esperanzas que había hecho concebir: ayudaba á M. Preval en todos sus trabajos, y le suplía muchas veces en los de mayor importancia; inspiraba la misma confianza que su maestro, y aun en ciertas ocasiones era preferido á él, porque revelaba, merced á su juventud, una actividad y una osadía de concepción, que la edad comenzaba á apagar en M. Preval. La dulzura y franqueza de su carácter, su alegría constante y comunicativa, su gratitud y su modestia, no contribuyeron menos que su talento á conquistarle amigos y protectores: podía á la edad de veintidos años lanzarse sin temeridad en su carrera, y todo hacia creer que esta hubiera sido para él rápida y brillante; pero unido á M. Preval por los lazos de un agradecimiento sin límites, fundaba su dicha en que redundase para la gloria de su maestro el talento que debía á sus beneficios, y no le ocurrió el pensamiento de que debía explotarlo en provecho de su propia reputación.

Pero de pronto, y sin causa aparente, se obró un gran cambio en la conducta y en las maneras de Victor: su celo se convirtió en desaliento, y su actividad en indolencia: era el alma de todos los placeres y de todas las fiestas de la casa, y se le vió sombrío y taciturno buscar con empeño la soledad; una palidez prematura reemplazó en sus frescas mejillas el brillante y pronunciado color de la salud: en una palabra, se observaron en él todos los síntomas de una profunda alteración física y moral. Vivamente alarmado su maestro, le in-

terrogó muchas veces, mas no pudo obtener una respuesta satisfactoria. Tan rápida mudanza procedía, sin la menor duda, de una afección moral, y esta debía ser tambien muy poderosa, para haber producido una desorganización tan terrible y tan pronta; pero ¿cómo se había de conocer su naturaleza y su origen? M. Preval se perdía en conjeturas, y nada podía comprender; tampoco le era dado resolverse á dejar que se agostase en flor aquel discípulo, á quien amaba como á un hijo. Decidido pues á arrancarle la confesión de su secreto, para salvarle después á cualquier precio, entró una mañana en la habitación de Victor y se preparó á emplear todos los

medios, desde la blandura hasta la severidad, desde el ruego hasta la amenaza. Victor sin embargo no se hallaba en su cuarto, y su cama intacta daba á entender claramente que no había dormido el jóven en casa. Sorprendido M. Preval, buscaba la explicación de aquel misterio, cuando llamó su atención una carta que vio sobre la chimenea con sobre para él.

Abrióla al punto, y leyó en ella lo siguiente:

«Bienhechor mio: he gastado todas mis fuerzas luchando contra un sentimiento que me es imposible dominar; permáncese en vuestra casa un día mas, sería condenarme á morir, pues no podría soportar la vista incesante de un tesoro, cuya posesión no me es permitido aspirar... ¡Oh! Nunca puede ni debe pertenecerme, pues lo estimáis demasiado para confiarlo á este infeliz, á quien vuestra caridad sacó de la miseria, y para pensar en robárselo, siento

que la gratitud habla con mucha elocuencia en mi corazón. Adios pues; no me acuseis de ingratitud, y si alguna vez os dignais pensar en mí, pedid al cielo que me conceda fuerzas de trabajar para ver si en la gloria encuentro un lenitivo á mi dolor.»

El misterio estaba ya explicado, y nuestros lectores lo comprenderán perfectamente cuando sepan que M. Preval tenía una hija de diez y ocho años, y que Matilde (este era su nombre) se hallaba tan felizmente dotada por la naturaleza, que no se sabia qué admirar mas en ella, si su hermosura ó su bondad, si su talento ó su modestia.

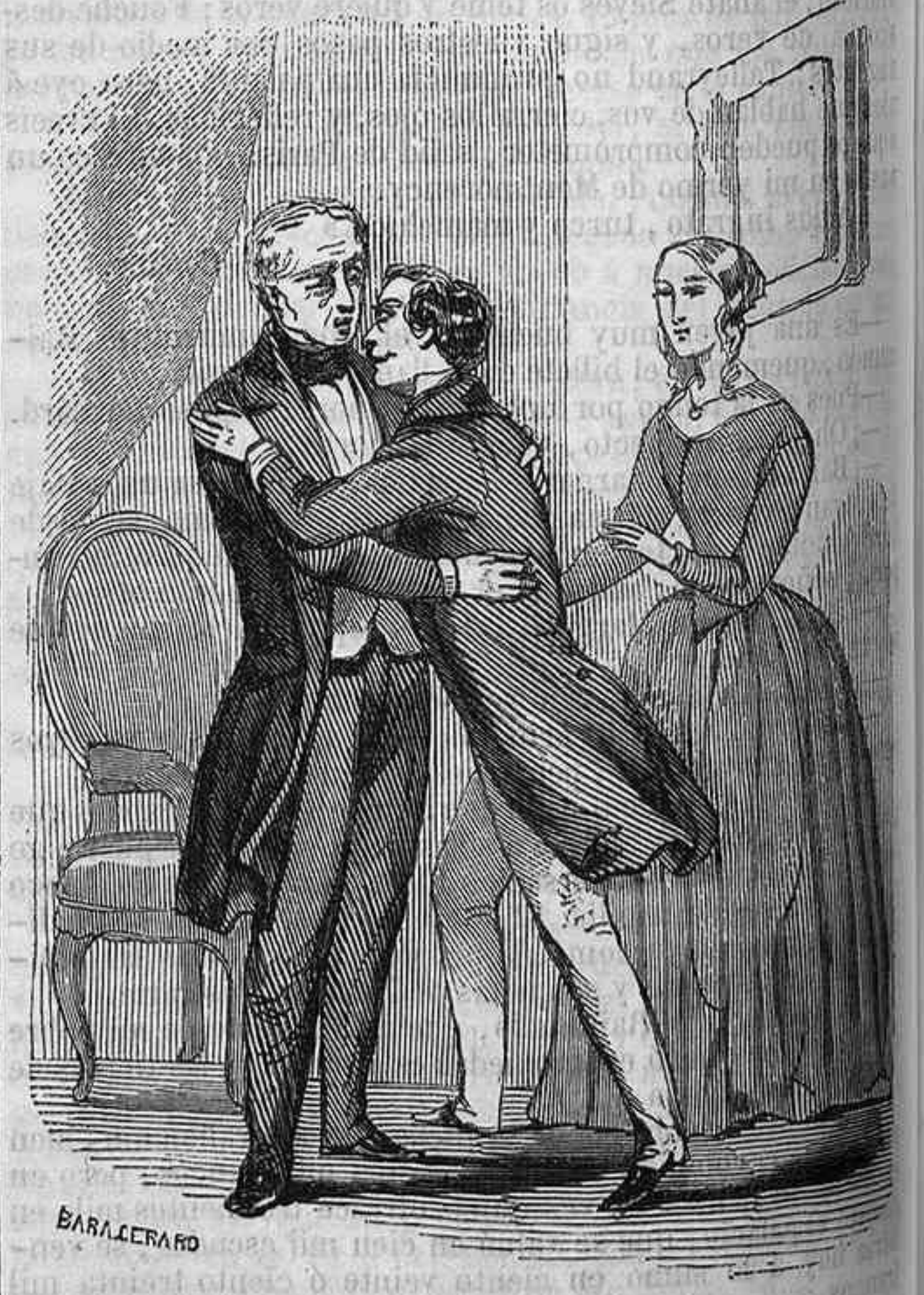


El puente de arena.

preguntando al pigmeo arquitecto cómo era posible, con la distribución que había dado á la obra, establecer viviendas ó pisos para diferentes familias.

—¡Viviendas! repuso con viveza el niño, mostrando una indignación que sentaba perfectamente á su picaresco y lindo rostro; ¿por ventura construyo casas para particulares? Tened entendido, caballero, que yo no fabrico mas que palacios.

—Perdonad, señor artista, respondió sonriéndose M. Preval, pues no ha sido mi intención ofenderos en lo mas mínimo:



El puente de arena.

—¿Qué cabeza! exclamó el anciano después que acabó de leer la carta de Victor; pero ¡qué honradez y qué lealtad! Bien merecía lo que he hecho por él.

Después de varias pesquisas descubrió que el jóven arquitecto había marchado á Italia; pero le fué imposible averiguar en qué población había fijado su residencia.

—Vamos, pensó al fin, si alguna cosa puede dulcificar su pena, es seguramente el espectáculo de las maravillas esparcidas en esa tierra clásica de las bellas artes. Quiera el cielo que pronto encuentre en ella su alivio, porque nunca he co-

nocido tanto como ahora lo mucho que le quiero, y me es insostenible la idea de su ausencia.

Seis meses poco mas ó menos habria que Victor se habia espatriado, cuando se presentó un excelente partido para Matilde: Lord Derby, hijo de un par de Inglaterra, la vió en un baile y quedó prendado de sus gracias: ocho dias despues fué en persona á pedir á M. Preval la mano de su hija. Aquella gran conveniencia humana sobrepusó los deseos y las previsiones de otro padre, aun mas ambicioso que M. Preval; y este pues quedó encantado con la propuesta, y se apresuró á participar á Matilde el inesperado favor que les deparaba la fortuna. Pero con la mayor sorpresa vió que ella le escuchaba sin manifestar la mas pequeña emocion, y que le contestó con acento decidido, aunque respetuoso:

—Padre mio, os agradezco en el alma ese placer que os inspira un suceso en el cual fundáis mi felicidad futura, y creed que siento muchísimo no participar de vuestra misma opinion en esta circunstancia. Con todo, si exigís que acepte la oferta de Lord Derby, estoy pronta á obedeceros; pero permitidme antes que os recuerde una promesa que me habeis hecho.

—¿Cuál, hija mia? preguntó M. Preval, cada vez mas admirado.

—La de consultar mi inclinacion y no emplear vuestra autoridad para obligarme al cumplimiento de un acto tan importante para mí, como es el matrimonio.

—Y seré esclavo de esa promesa, hija mia, pues lo que principalmente deseo es que seas feliz. Te confieso, no obstante, que al ofrecer ante tus ojos un porvenir tan magnífico, estaba muy lejos de prever tu oposicion á él: espero, con todo, que reflexionarás bien, y que tu determinacion no será irrevocable.

—Todo lo he reflexionado, padre mio, y puedo aseguraros que no mudaré de modo de pensar.

—Al menos no te negarás á hacerme saber los motivos, pues por mi parte no veo dificultad posible á la alianza que se nos propone: lord Derby es jóven, de buena presencia y de una fisonomía tan agradable como distinguida; su fortuna es inmensa, y su rango tan elevado, que si él no hubiera sido el primero en distinguirse, nunca nos hubiéramos nosotros [atrevido á aspirar al honor de pertenecer á su familia.

Efectivamente, padre mio, si yo pudiera ser dichosa satisfaciendo mi amor propio ó mi ambicion, no dudaria un momento en conformar mis deseos con los vuestros; ¿pero qué importa que contentemos nuestras ambiciones y nuestro amor propio, si queda un vacío en nuestro corazón?

—Ya lo comprendo; no amas á lord Derby, y no lo extraño, hija mia, supuesto que apenas le conoces. Así pues tranquilízate, pues no deseo llegar á una conclusion violenta: tendrás todo el tiempo que quieras para observar á ese jóven inglés, y estoy persuadido de que haciéndose apreciar no tardará en triunfar de tu indiferencia.

—Nunca, padre mio.

—Has hecho por ventura otra eleccion?



Magdalena.

—Sí, padre mio.

—¿Y esa eleccion es un secreto para mí? ¿No merezco ya tu confianza?

—Padre mio, no me preguntéis mas, os lo suplico, pues os afligiréis mas: el que amo no tiene posicion ni fortuna; y aun cuando quisierais tenderle vuestra mano para elevarle

hasta vos, no por eso seria mas feliz, porque él... no me ama... ¡Oh! no... no. Si me amase, no se hubiera ausentado ni nos ocultaria el lugar de su retiro.

Estas palabras de Matilde fueron un rayo de luz para M. Preval, y juzgó prudente romper una conversacion que en

—¡Mi porvenir! El único que anhelo es el de vuestra felicidad. ¿Temeis comprometerlo acompañándome? ¡Ah! Si vos quisierais y el corazón de esta señorita no se opusiese, podriais, por el contrario, asegurármelo; porque [el amor que me obligó á huir, se ha aumentado duplicando mi energia y mis fuerzas; porque á él debo el haber adquirido un nombre, y solo he deseado y he obtenido este nombre, para tener el derecho de poderos decir, al ofrecéroslo: ¿Lo considerais digno de que lo lleve vuestra hija?

—Victor, repuso M. Preval con ternura, hace tres años que eras un jóven desconocido y pobre: alejándote de mi lado te mostraste generoso. Hoy son patrimonio mio la oscuridad y la miseria: ¿debo mostrarme menos generoso que tú?

—Padre mio, no os corresponde negaros á mi solicitud, replicó Victor. Espero vuestra contestacion, señorita, añadió dirigiendo á Matilde una mirada de súplica.

—Acepto, dijo Matilde ofreciéndole su mano: sí, señor Victor, acepto... y sin el menor escrúpulo, padre mio, prosiguió sonriéndose hácia M. Preval, porque del mismo modo hubiera aceptado hace tres años, si él hubiera tenido en nosotros la suficiente confianza para revelarnos su secreto.

Despues de esta confesion de su hija, no era posible que M. Preval se negase por mas tiempo; consintió pues en todo, y con tanto mayor gusto, cuanto que aquella union era interiormente el mas constante deseo de su alma desde que conocia los sentimientos de Matilde.

El matrimonio de estos jóvenes se celebró de allí á poco, y al salir de la iglesia dijo Victor á su suegro, mirando con orgullo á Matilde:

—Lo cierto y positivo es que por un puente de arena he llegado á conquistar ese precioso tesoro.

INFANCIA DE UN GRAN MINISTRO.

(Conclusion.)

La corte se asustó; Catalina de Médicis, por su parte, entabló negociaciones con el terrible jefe de la Liga, para que cediese de sus pretensiones. A fin de inspirarle confianza, pasó á su palacio y le entretuvo mucho tiempo con vanas discusiones, de modo que protegió así la fuga de su hijo. Todos saben que el 24 de diciembre de 1588 pereció el Acuchillado en Blois, á manos de cuarenta caballeros de la cámara del rey.

Hácia el año de 1692, Francisco de Rohan, príncipe de Soubise, compró el palacio de Guisa y le dió su nombre.

En 1706 lo hizo reedificar, y dedicó grandes sumas á embellecerlo; de modo que llegó á ser una de las residencias mas espléndidas, en un siglo en que estas eran numerosas. El hizo construir el patio y el gran pórtico que todavía subsisten.

El fronton de la puerta principal, que da á la calle del Paraíso, era una obra maestra del Lorennes, coronada por el escudo de armas de Rohan-Soubisés. Dicha puerta estaba

ningun caso podia conducir á un resultado satisfactorio. Lo único que hizo fué prometer á su hija no volver á hablarla de casamiento, ni con lord Derby ni con otro alguno: Matilde le dió las gracias con los mas vivos trasportes de reconocimiento, protestando que su único deseo era no separarse de su lado y dedicarle exclusivamente sus pensamientos y su cariño.

Dos años despues todo habia variado en casa de M. Preval; ya no se veian lujosas habitaciones ni numerosos criados; tampoco el antiguo boato, las recepciones ni la magnificencia, el movimiento y la animacion que produce la riqueza: el anciano y su hija ocupaban una modesta vivienda, cuyos muebles eran únicamente notables por su estremada sencillez; sus servidores se reducian á una muger, que se empleaba en los quehaceres de la casa, y raras eran las visitas que recibian: los amigos poseen una sensibilidad esquisita; pues huyen del espectáculo de la miseria que acosa á los mismos á quienes incensaron en la opulencia.

M. Preval estaba enteramente arruinado, pues la quiebra de un notario habia hecho desaparecer toda su fortuna: por otra parte, su edad no le permitia ya trabajar para poner remedio á aquel desastre, y hacia ya mas de un año que habia dejado de ejercer su profesion. Se hubiera visto por consiguiente sin recursos, si el gobierno, teniendo en consideracion sus largos y buenos servicios, no le hubiera señalado como premio una módica pension.

El padre y la hija, ya que no enteramente dichosos como en los dias de su esplendor, consolados al menos por su mútuo afecto, vivian, por decirlo así, solitarios, cuando cierto dia les anunciaron la visita de un desconocido. Al mismo tiempo un gallardo jóven, de unos veinticinco años, condecorado con muchas cruces de gobiernos extranjeros, se presentó en la entrada de la salita en que M. Preval dividia con su hija una comida frugal. Matilde se ruborizó y se puso pálida.

—¡El señor Victor! exclamó con una turbacion inesplicable.

—Victor! ¡Mi querido Victor! dijo M. Preval estrechando contra su pecho al jóven, que desde luego se habia precipitado en sus brazos.

—Sí, mi bienhechor, mi padre... sí, soy yo mismo. He sabido vuestras desgracias y he volado á ponerles término, supuesto que al presente soy rico, y tengo una posicion. Varios trabajos ejecutados en Italia, por inspiracion de vuestros preceptos, me han granjeado la proteccion de un príncipe amigo de las artes; su mano liberal me ha prodigado títulos, riquezas y todas las recompensas imaginables, para alentar mis esfuerzos y allegarme á su persona. Venid pues conmigo; venid á tomar posesion de una fortuna que os pertenece, supuesto que es obra vuestra.

—Dios no permita, amigo mio, le contestó M. Preval, que yo abuse de esa noble prueba de tu gratitud. Prosigue sin estorbos la carrera que has comenzado con tanta brillantez, seguro de que tus triunfos constituirán mi orgullo y mi mas dulce recompensa: nos inspiras tanto á mi hija como á mí un interés demasiado sincero para aceptar tu oferta, esponiéndote á comprometer tu porvenir.



Las cenas del Directorio.



Magdalena.

adornada de columnas corintias, y la cornisa sustentaba trofeos de armas de un trabajo sumamente curioso. Una columnata de orden dórico rodea el patio de derecha á izquierda, y le presta un aspecto verdaderamente grandioso. La escalera grande está pintada por Brunetti: las habitaciones corresponden con su magnificencia al lujo exterior.

En las paredes del palacio de Soubise se leen las siguientes palabras:

Marzo de 1786.—Cardenal de Rohan.—Collar de la Reina.

El último propietario legítimo de este edificio fué el mariscal príncipe de Soubise, que prefirió la calle de la Arcada á la del Rastrojo. Hoy sirve tan histórico monumento de biblioteca á los archivos de Francia. Napoleón fué quien por un decreto de 10 de marzo de 1810 hizo trasladar los archivos á dicho palacio, comprado en 1808 por el Estado.

Hoy se halla completamente abandonado: el balcón llamado de Saint-Megrin está cayéndose, y esto contribuye al aspecto pintoresco que presenta el edificio. El interior no se halla en mejor estado de conservación, pues de los tres salones sólo quedan dos: el más notable de ellos es el ovalado.

Los cuadros son de Natoire y las soportas de Boucher. Las bayonetas de treinta y nueve deterioraron las pinturas, que, á pesar de todo, conservan todavía el carácter de su época y una forma agradable. Nada hay curioso en los demás aposentos, si exceptuamos una colección de retratos de todos los personajes eminentes del siglo decimosexto.

El jardín, que en otro tiempo pasaba por una segunda plaza Real, que servía de paseo al público, se encuentra hoy desierto.

En 1846 invadió un ejército de operarios el palacio de Soubise, y por orden del consejo municipal de París se procedió á restaurarlo. No hablemos de esta restauración, que ha hecho más daño al edificio que las bayonetas á sus pinturas.

REVISTA DE TEATROS.

Pasaron los días de Semana Santa, y al llegar á la Pascua de Resurrección nos hemos encontrado con tres nuevas compañías de provincia, que ansiosas de oro y de laureles se han presentado en la corte y han dado á luz su correspondiente programa, como en tales casos sucede. Lo de laureles pase: lo del oro ya es cosa más seria. Los laureles suelen recogerse hoy con bastante facilidad; y si lo que desean estos actores es que el público madrileño sancione sus triunfos de provincia, por esto no han de quedar disgustados: el público de Madrid es muy galante, y no quiere disgustar á nadie por tan poca cosa. Ya pueden preparar sus hojas de servicios y anotar en ellas que actuaron en la corte y que fueron muy aplaudidos, en la seguridad de no salir defraudados en sus esperanzas. En cuanto al oro ya hemos dicho que es cosa más seria, porque el público de Madrid no puede dar lo que no tiene; es bastante económico, forma de antemano su presupuesto, y la mayoría sólo está conforme en divertirse los domingos, y gracias que en los domingos se despilfarra estando tan próximo el lunes, día de precepto ó de toros, que todo es lo mismo.

El público diario no es muy numeroso, y aun el que está dispuesto á echar la casa por la ventana anda escogiendo siempre lo mejor, y nos figuramos que las nuevas compañías no tendrán la pretensión de pasar por mejores que las que actuaban anteriormente.

Por todo lo espuesto creemos que vendrán confiadas en los caprichos de la fortuna; y si es así, Dios se la depare buena; declárese el punto suficientemente discutido, y pasemos á otro asunto.

El PRÍNCIPE abrió sus puertas poniendo otra vez en escena el drama *Sullivan*, en el que siempre alcanza Julian Romea merecidos aplausos.

Como la afición á las zarzuelas se ha hecho epidémica, no es extraño que en el PRÍNCIPE haya ocurrido un caso. Caso y aun casos ocurrieron anteriormente, pero muy leves. Las zarzuelas de Navidad fueron casos ligeros á que convidaba el desconcierto y el bullicio de las zambombas de Noche Buena. El caso de hoy es ya un caso formal; aunque para ocultar la enfermedad, con el objeto sin duda de no alarmar, no se le ha llamado zarzuela á la *Flor del valle*, sino drama exornado con el aparato correspondiente, con varias piezas de canto, coros y acompañamiento. Este drama ó zarzuela fué bien recibido ó recibida: su argumento es de poco interés, pero tiene buenos trozos de versificación, y están colocadas oportunamente algunas piezas de música.

Fuó bien ejecutado por las señoras Samaniego y Chafino, y los señores Pizarro, Boldun y Navarro. Esto en cuanto á la parte de verso. En la de canto, la Samaniego, no solamente estuvo bien, sino muy bien, y el público pidió que repitiera la canción final, que puede llamarse de la *Soledad*.

La Chafino parece que canta; pero como no la oímos, no quedamos con la duda. Navarro y Boldun hacen lo que pueden para salir del compromiso del dúo; pero al fin salen y cumplen con lo que anuncia el cartel.

El grupo de aldeanos cantó sus coros; mas por el poco ruido que hacían presumimos que no todos tenían la habilidad de cantar, es decir, que había entre ellos muchos coristas de pega.

El teatro de VARIEDADES inauguró nuevamente sus trabajos con el drama *La ley de raza*, en el cual se distingue y es siempre muy aplaudida Teodora Lamadrid.

El Circo volvió á darnos *El dominó azul*, y el público volvió á asistir con el mismo entusiasmo que en las primeras representaciones.

El día de la apertura del coliseo de la Cruz se puso en escena un drama nuevo traducido del francés y titulado *Las dos blancas*, drama bastante lánguido y dormilón, el cual ocasionó en los espectadores un sueño profundo. En él tomaron parte la Paz y Mariano Fernandez, ya conocidos del público.

En el INSTITUTO se ha representado un drama titulado *La choza de Tom*, escrito con presencia de las novelas y de los dos dramas franceses representados últimamente en París: es decir, que las principales situaciones están tomadas de la novela y de dichos dramas, y al autor le ha cabido la honra de ir cortando y remendando para que el público se canse todo lo menos posible. Este drama se ha puesto en escena con todo el aparato necesario, estrenándose muy buenas decoraciones, pintadas por el señor Lucini; decoraciones poco dignas de aquel teatro y de aquel escenario. Los actores lo hicieron bastante regular.

Vamos con el quinto teatro: el coliseo de la calle de Valverde se abrió representándose un drama titulado *Guillermo*

Sakespeare, original, según se nos ha dicho, del empresario y director de la compañía. Este actor debía dedicarse exclusivamente á estudiar sus papeles, y aun cumpliendo con esta parte nos parece carga demasiado pesada: pues bien, lejos de ser así, tiene que escribir el drama y tiene que representarlo luego. Repicar y andar en la procesion no puede ser. Esta compañía hace laudables esfuerzos por complacer al público, y todo lo esperan de su amabilidad.

Queda otro teatro: el de BUENA VISTA, donde trabajan figuras de movimiento y que representan muy seriamente dramas muy serios; pero como los verdaderos actores no salen á luz, y hablan por escotillon, estamos en el deber de respetar el incógnito.

Para nuestra próxima revista tenemos tela cortada con las siguientes obras:

En el PRÍNCIPE *Felipe el Prudente*, drama original de Don Pedro Calvo Ansensio, que ha tenido muy buen éxito.

En VARIEDADES *La cabra tira al monte*, comedia original y en prosa del señor Breton de los Herreros.

Y en la Cruz *Francisco Estéban*, drama original del señor Matute, escritor granadino.

MAGDALENA.

I.

La estrema-unción.

El autor ignora si la costumbre de que va á hablar existe todavía en toda la Flandes; lo que puede asegurar es que está vigente en las poblaciones pequeñas. Cuando fallece un habitante, el pertiguero de la parroquia recorre las calles y lleva una plancha de cobre que sacude con un palo, á fin de llamar la atención de los ciudadanos: pronuncia después el nombre del finado, y compromete á sus amigos y conocidos á que asistan á la fúnebre ceremonia. Este procedimiento, que reemplaza con ventajas á los billetes de invitación, se llama *gritar la muerte*, y constituye una de esas costumbres ambiguas, cuyo sello se va borrando de día en día.

Antes del año 1830, se gritaba la muerte en Saint Omer: así que muchos ciudadanos menearon tristemente la cabeza al ver al anciano eclesiástico Van Troyeu atravesar el dintel de la catedral y dirigirse al paso apresurado por la calle Real. Seguíanle muchos monaguillos con velas que rodeaban al palio llevado por cuatro hombres. Al frente del acompañamiento iba el bedel tocando la campanilla, y una multitud compacta que se aumentaba por instantes, seguía al lúgubre cortejo.

Aquel espectáculo era más triste que imponente, porque la procesion más bien corría que caminaba. El tiempo apremiaba sin duda.

Acercábanse los primeros días de otoño, y el cielo encapotado amenazaba descargar un aguacero; el viento soplaba contra los ángulos de los edificios, haciendo oír á lo lejos el triste sonido de la campanilla cuyos ecos obligaban á asomarse á las ventanas á algunas cabezas de curiosos envueltas en enormes gorros de colores.

El anciano cura Van Troyeu olvidaba la debilidad de sus gotosas piernas y caminaba con una viveza casi juvenil. Su benévolo rostro cercado de blancos cabellos revelaba aquel día una tristeza mezclada de inquietud, y la sonrisa habitual que brillaba en sus labios había desaparecido. Dos pliegues cruzaban su calva y espaciosa frente, generalmente tan pura como la de un niño, y de vez en cuando murmuraba entre dientes:

—¿Qué va á ser de la pobre Magdalena!

De pronto se introdujo en una calle estrecha que conduce á la plaza de Saint Berlín.

La multitud apretaba el paso guardando absoluto silencio. Con todo, algunas viejas cubiertas de manteletas negras con capuchones que les bajaban hasta los ojos, engruesaban el acompañamiento y preguntaban en voz baja:

—¿A quien llevan el viático?

—A Mr. Noel Wamberg.

—¿Qué desgracia!

La conversacion se limitaba á estas palabras, y las recién llegadas repetían las oraciones de los agonizantes.

Hay en Flandes muchas de esas mugeres que asisten á todas las ceremonias religiosas. Es fácil reconocerlas por sus capuchas negras, y por lo regular son viudas, madres que han perdido sus hijos ó beatas.

Al llegar á la plaza de Saint Berlín que está llena de escorbros de la ruina de la abadía, Mr. Van Troyeu volvió á la izquierda y se dirigió hacia una casa grande, situada á orillas de un brazo del Ta, y que hoy es un establecimiento de baños.

Dicha casa revelaba un origen español, y se componía de dos partes separadas por una larga pared, en cuyo centro se abría una puerta cochera cubierta de clavos muy gruesos. Sobre ella se leían las siguientes palabras en caracteres amarillos:

Noel Wamberg, curtidor zurcidor.

El patio estaba atestado de cubas de ladrillo que servían para amontonar en ellas las pieles á fin de cubrirlas de casca. Una de las dos alas del edificio servía de obrador y de almacén, y la otra de habitación al propietario del establecimiento y á sus trabajadores. Este segundo cuerpo tenía una puerta que daba salida á la plaza y que se elevaba del suelo unos cuantos piés; se subía á ella por seis ó siete escalones. El palio se de tuvo delante de esta puerta. Salió á abrir una criada vieja, y el abad Van Troyeu, seguido de los monaguillos y del acompañamiento, entró en la casa.

La sala primera era sumamente sencilla; una mesa grande de nogal y sillas de paja eran los únicos muebles; el piso se componía de baldosas rojizas, muy limpias, sobre las cuales se extendía una capa ligera de arena blanca; la chimenea, alta y angosta, ostentaba un espejo pequeño y debajo de él un cuadro, cuyo dorado se había tenido especial esmero en disimular con una mano de color gris. El único signo de coquetería que reinaba en aquella pieza, consistía en varios tuestos de flores, artísticamente colocados en las ventanas. Las cortinas de muselina eran blancas como la nieve, y estaban plegadas con exacta precisión. Por lo demás, á aquel interior frío, seco y melancólico, no faltaba cierta armonía que

halagaba al alma; el sentimiento del deber se revelaba en todo; y aunque el amo de la casa se hallaba á las puertas de la muerte, ninguno de los quehaceres de la familia se había descuidado.

(Continuará.)

LA MANO DERECHA DEL SEÑOR DE GIAC.

(Conclusion.)

Así es que la espada del condestable que se hallaba después del 7 de marzo de 1424 al cuidado de Richemont y que llevaba sobre su vaina las flores de lis de la Francia, se vio humillada un momento entre las manos de un escocés. El conde de Douglas había sido nombrado *lugarteniente general durante la guerra de todo el reino de Francia*, y Stuart, que batido y hecho prisionero en Crevant fué canjeado con un hermano del conde de Suffolk, se le agració en recompensa de sus servicios con el condado de Dreux, mientras que al mismo tiempo su cuñado entraba en posesión del ducado de Turena. La confianza que Carlos tenía en sus aliados del otro lado del mar era tan grande, que formó una compañía escocesa á la cual encargaba la guardia de su persona, viniendo de esta formación el título de Compañía Escocesa que en 1829 llevaba aun la primera sección del cuerpo de guardias de los reyes de Francia.

Se comprenderá que en cualquiera situación demasiado precaria, los cambios de política que se suceden frecuentemente destruyen la fortuna de una nación. Cada nuevo protector trae consigo pretensiones, amistades y venganzas cuya satisfacción es indispensable al soberano. Así que Richemont, lejos de recibir la espada de condestable como un favor ó un señalado obsequio, había dictado él mismo las condiciones bajo las cuales se obligaba á aceptarla. Estas condiciones eran, la vuelta de los ministros que habían tomado parte en la empresa de Champtonceaux, y el destierro de todos aquellos que fueron cómplices en el asesinato del duque Juan.

El nuevo condestable al llegar al poder llevaba pensamientos más grandes que los que le habían precedido, y se dijo desde luego en la reconciliación de los duques de Bretaña y de Borgoña con el rey de Francia: ya antes había realizado él parte de este pensamiento, separando al duque Juan, su hermano, de la alianza con los ingleses; animado por este buen éxito había entablado conferencias con Felipe el Bueno, dando como prueba de buena fé de parte del rey la vuelta de Tannegny Duchatel, nombrado senescal de Beaucaire, y el destierro del presidente Louvet, que se había retirado al Avinion. El vizconde de Narbona había sido muerto en Verneuil, y los ingleses, en virtud de las promesas hechas al duque de Borgoña, hicieron descuartizar y suspender de la horca al cadáver hallado en el campo de batalla.

No quedaba pues al rey más que el presidente de sus consejos, señor de Giac, de quien se ignoraban aun los delitos pasados, pues siempre se creyó en la fidelidad de la casa de Borgoña.

Mientras tanto, un poder misterioso y maligno neutralizaba sucesivamente todos los esfuerzos que hacia Arturo el rey, lleno de fuerza y de buena voluntad mientras se hallaba sostenido por la presencia del condestable, volvía á caer en su apatía habitual luego que él le abandonaba. Retirado á Issoudun, teniendo por título el de rey de Bourges, que por burla le habían dado los ingleses, pasaba las mañanas entregado á la caza, las tardes en jugar á las cartas y á los dados, y las noches entre su amor espirante por Maria de Anjou y el que empezaba á germinar con toda la fuerza de la pasión por Ana Sorel.

Uno de estos días frívolos decía á Lallire que nunca se creía rey, mas que cuando se hallaba sentado gravemente en su palacio. Carlos, que mereció después el nombre de *Vencedor*, se hallaba aun en esta época entregado al ocio y á la indolencia con su favorito el señor de Giac en una de las salas del castillo de Issoudun; pero parecía más bien que se había entregado á estos juegos y esta distracción por un recurso contra el aburrimiento, mas que por considerarlo un placer real. Frecuentemente una de sus manos, estendiéndose fuera de la poltrona en que se hallaba sentado, iba á buscar la cabeza de un magnífico lebel blanco tendido á sus piés, que respondía á este llamamiento encorvando su largo cuello de serpiente, y entreabriendo sus ojos tan espresivos como si fueran dos ojos humanos. El rey dejaba caer su bovina de marfil, y haciendo girar su sillón sobre sí mismo, se inclinaba hacia su perro favorito, se ponía á llamarle con un débil silbido, á que el animal estaba acostumbrado, y al instante levantándose de manos las colocaba en las rodillas del rey.

Bien, Fido, bien, dijo Carlos; sois un bello animal, consecuente y fiel como vuestro nombre lo indica, y mas agradezco tu presente al duque de Milan, que los tres mil lombardos que han empezado por saquear mis provincias, y concluido por hacerme perder la batalla de Verneuil: por lo tanto tendreis un bello collar de oro mientras descanséis sobre mis sienes una corona regia.

—Entendeis esta promesa, Fido? dijo el señor de Giac mezclándose en la conversacion. Quiere decir, que morreis con las armas de Francia al cuello.

Fido respondió con un pequeño ladrido.

—Esto es señal de mal agüero, de Giac, replicó melancólicamente Carlos dejando de alabar á su lebel; y quedándose pensativo por un momento: esta corona es ávidamente deseada y le faltan ya sus más bellos florones. Es preciso que hayan sido muy grandes vuestras faltas para con nuestro santo San Denis, que es el patron de la Francia, ó para con Dios nuestro Señor, que es el juez de los reyes, para que consientan que mi reino vaya cada día de mal en peor.

Al concluir estas palabras dió un suspiro el rey, y Fido le contestó con un gemido.

—Sabed, de Giac, continuó el rey, que entre las muchas veces que me han vendido los hombres, he acudido algunas á tomar consejos de mi fiel perro, y fiando á su instinto mis amistades y mis venganzas, no tengo aun motivos para arrepentirme de este proceder.

—Segun eso, respondió Giac, ya no tendré mucho tiempo el honor de ser el jefe de los consejeros de vuestra alteza, porque Fido tiene pocas simpatías conmigo.

—Se citan recuentes milagros de esta naturaleza, contuó el rey, respondiendo á su pensamiento mas bien que á la observacion de su favorito, y muchas veces el Omnipotente encarga á los animales el cuidado de servir de guía á los hombres. El otro dia nos perdimos en el bosque de Dun-le-Roy y nadie acertaba con una vereda que nos condujera á un camino seguro; de suerte que cansados con las correrías de la caza y con mil vueltas inútiles que dimos, desconfiábamos ya de acertar prontamente con la salida de nuestro laberinto, cuando me ocurrió la idea de soltar á Fido y de seguirle. Pues bien, al cuarto de hora ya habíamos encontrado á los pajes y los caballos que nos esperaban á la entrada del bosque.

—Vuestra alteza confunde el instinto con el pensamiento, el corazon del animal con el alma del hombre.

—Es verdad; pero deteneos á examinar estos ojos tan expresivos y tan hermosos. ¿No se diria que brilla en ellos un rayo de inteligencia humana? Observad esas orejas que se levantan para escucharme. ¿No se creeria que ellas obran así para comprenderme? Yo no tengo que echar á Fido para que él parta, ni que llamarle para que venga: con un simple signo me comprende y obedece hasta la mas lijera indicacion. Mis cortesanos no saben hacer otro tanto á pesar de dárseles el título de hombres. Los demás perros tienen un grave defecto que les separa de esta bella raza; no saben hallar á su madre cuando se pierde, y la maltratan siempre que pueden.

El silencio que sucedió á este arranque misantrópico hubiera sido prolongado indefinidamente, entregados como estaban los dos interlocutores á varias reflexiones, producidas por la conversacion que habian tenido, si Fido por un movimiento brusco é inquieto no hubiera indicado que pasaba alguna cosa extraordinaria en la habitacion inmediata. El rey siguió la direccion de los ojos del inteligente animal, y vió que se hallaban fijos en la puerta de los guardias.

—Sin duda llega un extraño, Pedro, dijo el rey, veamos cómo le recibe Fido; yo regularé mi conducta por la suya, y le hago por esta vez consejero mio.

En este momento se levantó el tapiz y un paje anunció: *Monsieur Arturo, conde de Richemont y condestable de Francia.*

El rey se sorprendió de la palidez de Giac, y Fido fué corriendo hácia la puerta en el momento en que se presentaba el condestable: era la primera vez que le veía el lebrél, y sin embargo se apresuró á lamerle las manos con cariño.

—Sois vos, primo mio! dijo el rey con acento algo alterado. Es verdaderamente maravilloso veros aquí; yo os consideraba á estas horas en las costas de Normandia ocupado en los intereses de la corona y en aumentar la gloria de la Francia.

—Así lo he hecho, señor, respondió Arturo acariciando con su mano al hermoso lebrél, cuya raza conoció al instante por su bella é inteligente mirada. No es culpa mia si me halló aquí á estas horas, en lugar de estar colocando las tres flores de lis de Francia sobre las murallas de Saint-James-de-Beuvron.

—¿Y qué negocio os hace volver sin nuestro permiso, primo mio?

—Muchas peticiones que me veo precisado á hacerlos, señor.

—Hablad pues, dijo el rey.

Arturo se aproximó algunos pasos, y el rey le hizo seña para que se sentara; pero el condestable indicó su deseo de permanecer de pié.

—Señor, dijo gravemente Arturo, yo no os hablaré de la casa de Bretaña, pues conocéis que es de nobleza igual á la casa de Francia. Yo soy hijo, como sabeis, del bueno y valeroso duque Juan, que recobró con su espada el país de Bretaña mientras que vuestro padre perdió el suyo.

—Primo mio! exclamó Carlos VII frunciendo el entrecejo. Fido se tendió á los piés del condestable.

—Señor, continuó Arturo, dejadme hablar, y luego que haya concluido me castigareis si he sido culpable. El noble duque mi padre murió cuando éramos aun muy niños, confiando nuestra tutela al duque Felipe de Hardi, que era como vos hijo de rey, señor, y que nos llevó al país de Picardía; pero bien pronto murió tambien, y pasamos al cuidado del duque de Berry, tambien hijo de rey, quien nos puso bajo el cuidado de un bravo escudero llamado Peronit, que estaba en Navarra, encargándole nuestra educacion militar, inspeccionada por vuestro tio con el mismo cuidado que si fuéramos hijos. Por esta razon, despues del asesinato del duque de Orleans, fui yo del partido opuesto al duque de Borgoña; era mi primera obligacion, y desde esta época tengo yo por costumbre dar cumplimiento á las promesas que hago.

—Es verdad, ya sé que vos habeis sido un leal servidor, primo mio.

Arturo se inclinó friamente, y continuó sin responder al elogio del rey.

—De suerte que en 1413, cuando monseñor el duque de Borgoña y el rey Carlos VI, vuestro padre, comprendiendo mal los intereses del reino, pusieron el sitio de Bourges, yo andaba afanado en Bretaña buscando socorros y obligando á mi hermano segundo, que era borgoñés, á seguir nuestras banderas. Obtuve del duque Juan, mi hermano mayor, seiscientos caballeros y escuderos, entre los que se hallaban el vizconde de La Beliere, el señor Armel de Chateaugiron y el caballero Eustaquio de La Monaye, todos capitanes tan valientes, que siempre eran los primeros en acometer y dar el asalto.

—Hace mucho tiempo, primo, que tengo conocimiento de estas hazañas, interrumpió el rey con un marcado acento de impaciencia; pero Arturo no pareció fijarse, y continuó:

—En 1415, á la primera peticion del rey Carlos VI, y cuando yo sitiaba á Parthenay, tuve que levantar el campo, que fijé delante de la ciudad para ir al encuentro del rey de Inglaterra, que habia puesto sitio á Harfleur. Monseñor de Guyenne me dio para esta empresa todos los soldados de su mando y sus escuderos. Reuní quinientos caballeros y escuderos, entre los cuales se hallaban Bertrand de Moutauban, el señor de Combour, y Eduardo de Rohan, que llevaba mi bandera. Efecto de esta actividad y de estos esfuerzos, llegué á verme sobre las orillas del Sourme con monseñores de Orleans, de Borbon, de Albret, de Alencon de Bravant, de Nevers y de Eny; el viernes 26 de octubre de 1415 se reunieron nuestros batallones cerca de Azincourt, en una plaza demasiado estrecha para

combatir tan valientes hombres, y esta fué la razon por qué perdimos la jornada. Fui hecho prisionero por la propia mano del rey Enrique cuando yo habia hecho pedazos de un golpe de hacha la corona real, despues de haber abatido á mis piés á su hermano Clarence, jurándole estar bajo su obediencia mientras él viviera. Por esto permanecí cinco años prisionero en Inglaterra. Volví á Normandia bajo mi palabra de honor, y habiéndome enamorado de Mad. Guyena pedí su mano; pero me respondió que ella no queria ser esposa de un prisionero. Por mas que me hiciera mucho daño esta contestacion, tuve paciencia, pues la amaba muy de veras, y así estuve hasta el 31 de agosto de 1422, en que muriendo el rey en el castillo de Vincennes, cerca de París, quedé yo completamente libre. Entonces me casé con Mad. de Guyena, y al poco tiempo vine á ofrecer mis servicios á vuestra alteza.

—Sí, primo, nos vimos en Angers, y yo os ofrecí la espada de condestable, vacante por la muerte de Buchan.

—El 7 de marzo de 1424 la recibí de vuestra mano en el campo de Chinson, y al recibirla contraí el compromiso de sacar de mis tierras lo mas pronto posible veinte mil soldados; pero en cambio, señor, vos me prometisteis enviar cien mil escudos para el pago de las tropas. ¿No es verdad?

—Sí, primo.

—Yo he levantado de mis tierras estos veinte mil hombres, les he sostenido á mi costa, les conduje á Normandia, tomé á Pontorson, pasando á cuchillo toda su guarnicion, y despues he ido á sitiár á Saint-James-de-Beuvron.

—Reconozco todas esas hazañas; y esa es la razon por qué me sorprende de veros aquí.

—Es que al llevar yo vuestra espada de condestable, señor, he cumplido todas mis promesas, mientras que vos habeis faltado á las vuestras. Pidoos perdon, señor, si os la vuelvo en tan mal estado, continuó Arturo presentando su espada; pero se halla mellada y borrada á fuerza de dar golpes sobre las armaduras inglesas.

—¿Yo he faltado á mis promesas! dijo el rey mirando el pedazo de espada que le presentaba el condestable; ¿y á qué promesas, primo?

De Giac hizo un movimiento para levantarse y salir.

—Quedaos, dijo el rey, indicándole que se sentara. Ya veis que se me acusa, y deseo que os halleis aquí para defenderme.

De Giac se dejó caer sobre el sillón.

—En mí no ha estado la falta, señor, que he hecho cuanto me ha sido posible por sostener mis soldados. Para ello he hecho vender mi casa de comercio de Rennes, todas mis joyas y mis vajillas de plata, mi cadena y mis espuelas de oro que acreditaban que era caballero, y hasta la corona de mi casco, que daba á conocer que era conde, y tambien las perlas que me habian sido regaladas por mi madre la reina de Inglaterra. Pero esto último no he podido sufrirlo. Por no tener con qué pagarles se ha marchado todo mi ejército, aprovechándose de la oscuridad de la noche, pegando fuego á sus tiendas, abandonando sus bagajes, su artillería y sus máquinas. Es innecesario decir que hice los mayores esfuerzos por evitar estas traiciones y estas cobardías. De nada sirvió que me arrojara á la cabeza de los escuadrones, valiéndome ya de súplicas, ya de amenazas para detenerlos; todo ha sido en vano; su falta de disciplina les ha llevado hasta atropellar mi caballo, desoyendo la voz de mi autoridad. En su fuga han quedado algunos descarriados, y esta vergüenza, señor, no recaerá sobre la casa de Bretaña: que vea la casa de Francia si V. M. no ha faltado á su palabra.

—¿Y en qué he faltado yo á mi palabra? dijo Carlos VII levantándose pálido por la cólera.

—En que no se me enviaron los cien mil escudos que V. M. me habia prometido.

—Me estraña mucho cuanto acabais de decir, primo mio, dijo Carlos volviendo á sentarse y dirigiendo una mirada á Pedro Giac; porque estos cien mil escudos han sido decretados por los tres estados del reino, y con tales muestras de aprobacion que un obispo nombrado alcalde, Hugo Comberel, temia que esta nueva cantidad fuera á parar á manos de mis favoritos, en lugar de emplearse en utilidad del reino. Han sido pues sacados los cien mil escudos de las ciudades, y se ha mandado que se os entreguen. Para mayor seguridad vuestra puedo acreditaros que en mi palacio no hay hoy cuatro escudos, y nos hemos visto en la precision de pedir cuarenta libras prestadas al capellan que ha bautizado al Delfín.

—¿Pues entonces, adónde ha ido á parar esta suma? dijo Arturo lleno de asombro.

—Preguntárselo al caballero de Giac, dijo el rey; él debe estar enterado en este negocio, pues á él creo que se han remitido.

—Pues yo creo, dijo indiferentemente el caballero jugando con su cadena de oro y sin aguardar el nuevo interrogatorio de Richemont, yo creo que este capital ha sido empleado parte en comprar estos seis magníficosalcones blancos que nos han traído unos mercaderes húngaros, parte en reponer nuestro equipaje de caza que se hallaba en un estado deplorable é indigno de un gran rey, y el resto...

—Y el resto, continuó Arturo lleno de cólera, en componer la casa de Mad. Catalina de l'lle Bouchard, la cual era indigna de la viuda del conde de Turena y de la querida de Mr. de Giac.

—Puede ser, respondió el caballero con un acento embarazoso é indolente.

Arturo se arrojó á los piés del rey, y dejando el pedazo de espada que tenia en la mano, se levantó con mucha dignidad é hizo un movimiento para salir.

—Quedaos, primo mio, dijo Carlos deteniéndole, yo no os devuelvo vuestra palabra.

—Señor, respondió Arturo, guardaos de ello; bien sabeis las prerogativas del condestable del reino.

—Sí, primo, sé que ellas son casi iguales á las del rey.

—Vos sabeis que tengo derechos sobre los tribunales superiores é inferiores, y que los senescales, los bailios, los prebostes, alcaldes, regidores, guardias y gobernadores de ciudades, castillos y fortalezas, y generalmente todos los justicias, deben obedecerme como á vos mismo.

—Lo sé.

—Y vuestra alteza me confirmará en estos derechos, que me han sido dados por su carta-patente del 7 de marzo de 1424?

El rey levantó la espada que estaba á sus piés, y se la presentó á Richemont diciéndole:

—Volved esta espada á su vaina, primo mio, mientras yo me encargo de buscaros otra hoja mas sólida y mas segura.

—Yo doy gracias á V. A. y le suplico de orden de que me entreguen las llaves de la ciudad.

—¿Y con qué objeto?

—Deseo ir mañana al despuntar el dia á hacer mis oraciones á Nuestra Señora de la villa de Doriz, respondió Arturo.

—Podeis tomarlas cuando querais, dijo el rey.

—¿Y ya que al presente nada tengo que decir á V. A., me permitireis, señor, que me retire?

—Idos cuando gustéis, primo mio, y que Dios os guarde.

El condestable saludó respetuosamente al rey y se marchó, acompañándole Fido hasta la puerta, pues le habia cogido cariño.

Al dia siguiente al amanecer estaba ya Arturo de Richemont en la iglesia de Nuestra Señora de Doriz, y cuando el sacerdote subia al altar un escudero vino á anunciar al condestable que el señor de Giac acababa de llegar, segun la orden que habia recibido, y esperaba sus órdenes.

Al poco tiempo salió Arturo, y mandó que Alain, Giron y Roberto Moutauban acompañasen á de Giac á la cárcel de Dun-le-Roy con cien lanzas, y que le depusiesen, nombrando á su bailio para que ocupara su lugar. En cuanto á vos, Juan de la Bouiere, añadió el condestable dirigiéndose á otro de sus escuderos, partid para Burges, y prevenid al verdugo que venga con la mayor prontitud á Dun-le-Roy, advirtiéndole que su trabajo será bien pagado.

Dadas estas órdenes, Richemont volvió á entrar en la iglesia, y se puso devotamente á orar.

IV.

Ahora ya comprenderán fácilmente nuestros lectores por qué Arturo de Richemont habia pedido al rey las llaves de la ciudad. Temia que el caballero de Giac se fugase por la noche, sin hacerse cargo que el jefe de los consejos descansaba demasiado tranquilamente sobre el favor que le dispensaba el rey para concebir ningun temor, ni buscar por consiguiente medio alguno para escaparse. Los enviados del condestable penetraron en casa de Giac despues de haber hecho pedazos las puertas, y le hallaron acostado y tranquilamente dormido; le obligaron á levantarse precipitadamente, sin darle mas tiempo que para cubrirse con una especie de bata de seda, y acompañándole le hicieron subir á un pequeño carruaje que esperaba á la puerta. En este instante llegó el escudero que traia nuevas órdenes del condestable, y carruaje y escolta se pusieron en marcha para Dun-le-Roy. Tres horas despues el caballero se hallaba en la cárcel de la ciudad, y en la tarde de aquel mismo dia un bailio le leyó la sentencia que le condenaba á muerte.

De Giac la escuchó sentado en un rincon, con los piés desnudos sobre las baldosas, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre sus manos. Luego que se hubo concluido la lectura, el bailio le preguntó si se le ofrecia alguna cosa.

—Un sacerdote, respondió sordamente de Giac.

Esta fué la única palabra que pronunció despues de su prision, habiendo rehusado obstinadamente responder á los interrogatorios que se le hicieron. El bailio dobló sus papeles y se salió.

Al entrar el sacerdote encontró al caballero en la misma posicion, y viendo que un sudor abundante inundaba su frente, le hizo varias exhortaciones para que muriera con valor.

—No es la muerte la que yo temo, dijo de Giac; estoy acostumbrado á verla muy de cerca para que yo pueda temerla. Ya la conozco; hace mucho tiempo que contraí amistad con ella, y si viene sola yo la bendeciré.

—La muerte viene por la misericordia de Dios, exclamó el sacerdote.

—O por su venganza, contestó de Giac.

—Tened confianza en él, porque moris para aplacarle; continuó el monje sacando de su pecho un crucifijo, que presenta al caballero.

Este alargó la mano derecha para tomarle; pero apenas le hubo tocado cuando arrojó un grito como si hubiera cogido un hierro ardiendo. El crucifijo cayó al suelo.

—¡Sacrilégio! exclamó el monje.

—No es un sacrilégio, padre mio, es un olvido, respondió de Giac. Yo he debido tomar este crucifijo con la mano izquierda, porque la derecha está ya condenada; y vos veis, añadió inclinándose á cojer con amor la santa imagen, que yo no he podido insultar al símbolo sagrado de nuestra redencion.

—Vos debeis ser un gran pecador, hijo mio, contestó el monje.

—Tan grande, que temo no obtener perdon de mis delitos.

—Sois sin embargo bien joven.

—Jóven de edad, viejo de corazon. Los años hacen andar á la vida, y los dolores la obligan á correr. El tiempo no tiene duracion por él mismo, sino por la dicha ó la desgracia que dividen los minutos de los siglos. Creedme, padre mio, aunque no tengo un cabello blanco, pocos ancianos han sufrido tanto como yo.

—Nuestros dolores y nuestras desgracias, sufridas con calma en este mundo, son recompensadas en el otro, hijo mio. El arrepentimiento conduce á la salvacion, y el haber pedido un confesor en este trance supremo, me prueba evidentemente que el sudor que corre por vuestro rostro es, hijo de los remordimientos, que llaman á un sincero arrepentimiento.

—He mandado á pedir un confesor, como un paciente pide un médico cuando sabe que su enfermedad es mortal. Le he mandado á pedir, porque la esperanza es una cosa tan profundamente arraigada en el corazon del hombre, que cuando ve que se le acaba esta vida tiende sus miradas hácia otra superior, donde cree verla satisfecha, y por último le he mandado á pedir, porque hace diez años guarda mi pecho secretos tan terribles, que es preciso que yo me acostumbre á contárselos á un hombre, para tener luego el valor suficiente para repetirlos ante Dios.

El monje buscaba con su mirada un sitio donde sentarse.

—Sentaos sobre esta piedra, le dijo de Giac señalándole un banco de piedra que se hallaba junto á él.

El sacerdote se sentó.

—Yo he sido feliz, padre mio. Los veinticinco primeros años de mi vida los he pasado entre el juego y los placeres, habiendo sido rico, noble y valiente. He sido favorito del duque Juan sin miedo, que como vos sabeis era el príncipe mas poderoso y mas denodado de la cristiandad.

—Sí, murmuró el padre, por desgracia de esta pobre Francia.

—Ah! vos habeis sido del Delinado, padre mio.

—En mi educacion se me enseñó amor á mis príncipes y odio á los ingleses.

—Yo no los tengo amor ni odio: el amor que domina á mi alma es muy distinto de ese amor que vos habláis; poco me importaba que tuviera el reino de Francia reyes legítimos ó reyes conquistadores, con tal que los brazos de Catalina se apoyaran sobre los míos, con tal que sus ojos me miraran con ternura y su preciosa boca me dijera: ¡yo te amo! Toda mi vida se encerraba en esta muger, padre mio, gozo y dolor, sonrisas y sollozos; por ella hubiera dado, no digo mi rango, mis bienes y mis riquezas, sino mi vida, mi honor y hasta mi alma. Pues bien, padre mio, á pesar de tanto amor, esta muger me engañaba. Un dia la sorprendí una carta en que se le pedia una cita. No queria creer lo que mis ojos estaban viendo. Para convencerme mejor resolví esconderme un dia, y al poco rato ví acercarse á Catalina apoyada con abandono en el brazo de su amante y dirigiéndose las mas tiernas miradas; oí repetirse varias veces la palabra «yo te amo»; pues bien, este amante que yo respetaba como á mi príncipe y que amaba como á mi padre, era el duque de Borgoña.

—Su mas grande traicion no es la que vos le echais en cara, hijo mio.

—Grande ó pequeña, él las ha pagado todas, y esto es lo que á mí me decidió á la entrevista de Montreuil, padre mio; lo que me hizo establecer las tiendas de manera que no tuviera él trincheras, y esto lo que me hizo dar la señal á Tanneguy, Duchatel, Narbonna y á Roberto de Loire; y si yo no le herí con ellos, fué porque cuando llegué habia terminado ya su vida privándome así del placer de presenciar sus últimos dolores.

—El duque merecia la muerte, dijo el sacerdote frunciendo el entrecejo; que la absolucion del Señor descienda sobre aquellos que le hirieron, porque ellos han salvado á la Francia!

—No es esto todo, padre mio; yo no habia castigado mas que á uno de los culpables; me faltaba pues su cómplice, y era preciso buscarle. No sabeis á qué excesos de venganza pueden conducir los celos del corazón de un hombre! Yo eché con mi propia mano un veneno en el vaso de esta muger, por la cual dos años antes hubiera dado yo mi propia vida; pero cuando ella hubo tomado el veneno la obligué á montar en mi caballo, atándola al rededor de mí, recorriendo de este modo el espacio en la soledad y la noche. Dos horas seguidas estuve sintiendo por sus rudos movimientos y sus contorsiones los dolores de aquel cuerpo que tantas delicias me habia proporcionado y que tantas veces habia yo llevado en mis brazos por evitarle una fatiga. En estas dos horas oí lamentarse á aquella voz que habia sido el encanto de mi vida; en fin, á la conclusion de aquellas dos horas yo no oía, ni veía, ni sentía, ignorando lo que pasaba por mí. Mi caballo se habia detenido á las orillas del Sena: al apearme encontré muerta á Catalina.

Coloqué su cadáver con el caballo á la orilla del rio, y todo desapareció.

—Por grande que hubiera sido su falta, vos habeis traspasado vuestros derechos al haceros justicia por vuestra mano. En el estado ordinario este es un crimen que solo puede per-

guno: «¡Aquí viene el favorito, el poderoso, el feliz!...» —¿Y cómo estos crimenes se hallaban ocultos á los ojos de los hombres?

—Porque un poder superior al de este mundo me habia tomado bajo su proteccion fatal. No os he dicho aun, padre mio, que en un momento de dolor y desesperacion, en un momento en que sufrí tanto que iba á morir, ofrecí mi mano derecha al que me proporcionara los medios de vengarme.

—¿Y qué sucedió? dijo el sacerdote.

—Que el pacto fué aceptado, padre mio, murmuró de Giac aumentándose su palidez: he aquí por qué se cumplieron mis vengativos deseos, y por qué mi venganza ha quedado oculta á las miradas de los hombres; por esto cuando quise tomar el crucifijo que me presentasteis, me abrasó como si hubiera estado ardiendo.

—¡Atrás! exclamó el sacerdote temblando de terror y retirándose hacia el ángulo de la pared. ¡Atrás! todo el que haya hecho alianza con Satanás.

—¡Padre mio!...

—No te aproximes, ser maldecido! Nuestro Santo Padre le absolverá, para que de este modo se te abran las puertas del cielo; tu mano arderá eternamente en los infiernos. Déjame salir, porque yo no puedo estar aquí.

De Giac le dejó sitio, y el sacerdote se arrojó hacia la puerta, que abrió con precipitacion.

—Con que ¿á pesar de mis súplicas, mi arrepentimiento y mis remordimientos no consentís en absolverme? dijo de Giac.

—No está en mis atribuciones mientras que la mano no se halle separada del cuerpo.

—Y bien, continuó de Giac, ¿quereis hacerme un último servicio?

—¿Cuál es? dijo el monje abriendo la puerta.

—Enviarme el verdugo, y que volvais á entrar cuando le veais salir.

Y de Giac se sentó con tranquilidad sobre la piedra en que el sacerdote le habia hallado.

—Se hará como deseais, contestó el monje cerrando tras sí la puerta y oyéndose por el corredor el ruido de sus sandalias.

De Giac se quedó solo, sacó las sortijas que llevaba en la mano izquierda, y las colocó en los dedos de la mano derecha. Apenas habia concluido de hacer esta mutacion cuando entró el verdugo. De Giac se dirigió hacia él.

—¡Escuchad! le dijo, hé aquí esta mano

con mas de doscientos escudos de oro en sortijas y pedrerías que yo podria dar á un confesor á fin de que él dijese varias misas por la salud de mi alma.

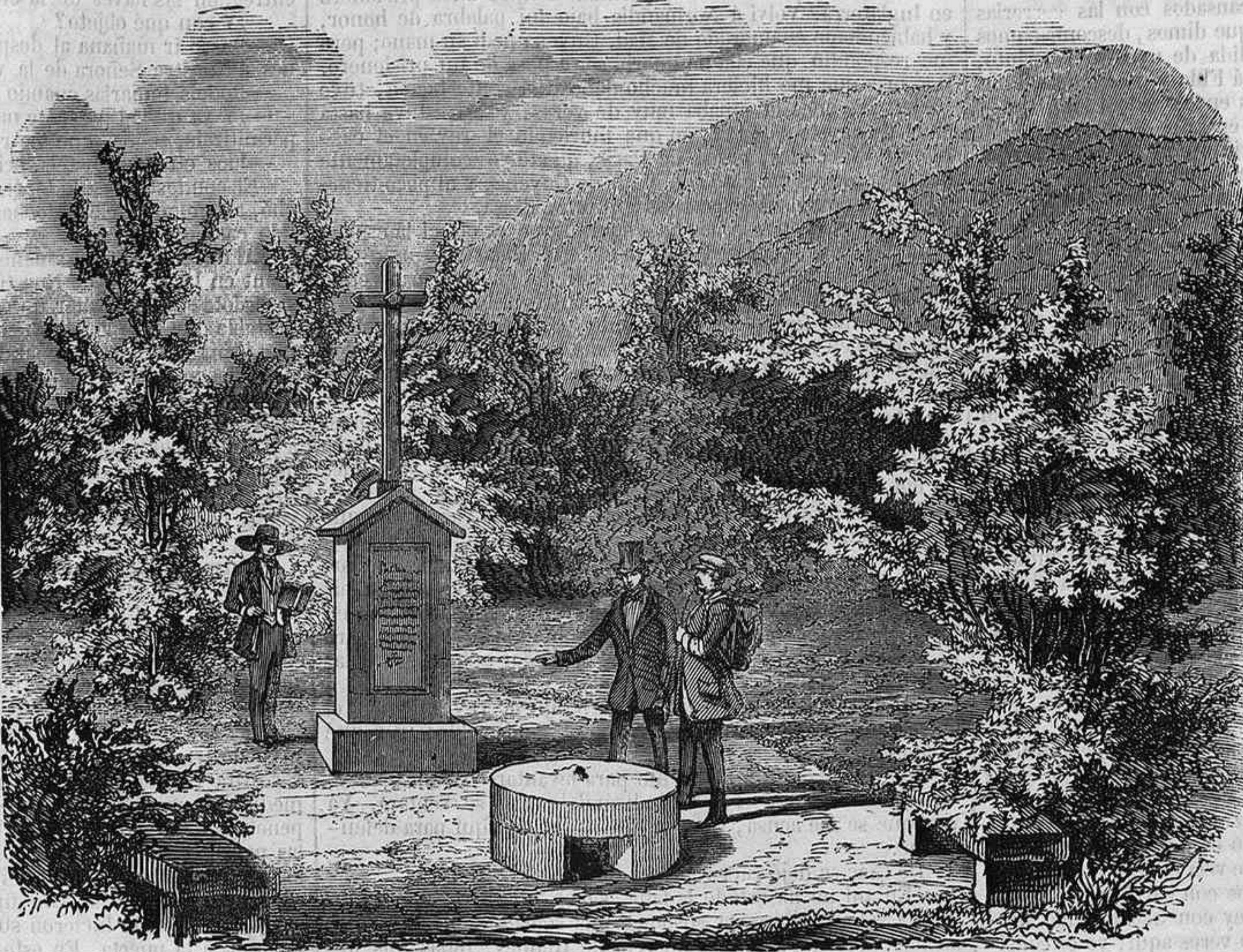
De Giac calló por un momento, y miró al verdugo, en cuyos ojos resaltaba la codicia.

—Y bien, continuó de Giac levantando la manga de su bata y colocando su brazo sobre una columna inclinada que se elevaba en medio del calabozo, toma tu espada, corta esta mano, y las sortijas son para tí.

El verdugo sacó su espada sin pronunciar una palabra, la hizo dar dos vueltas para tomar mejor su medida, y á la tercera cayó la mano del señor de Giac, y despues de recogerla y meterla en una bolsa de cuero se salió. Un instante despues entraba el monje.

—Ahora, dijo dirigiéndose hacia él y mostrándole su muñeca sangrienta y mutilada, ya podeis echarme la absolucion, pues ya no tengo la mano maldecida.

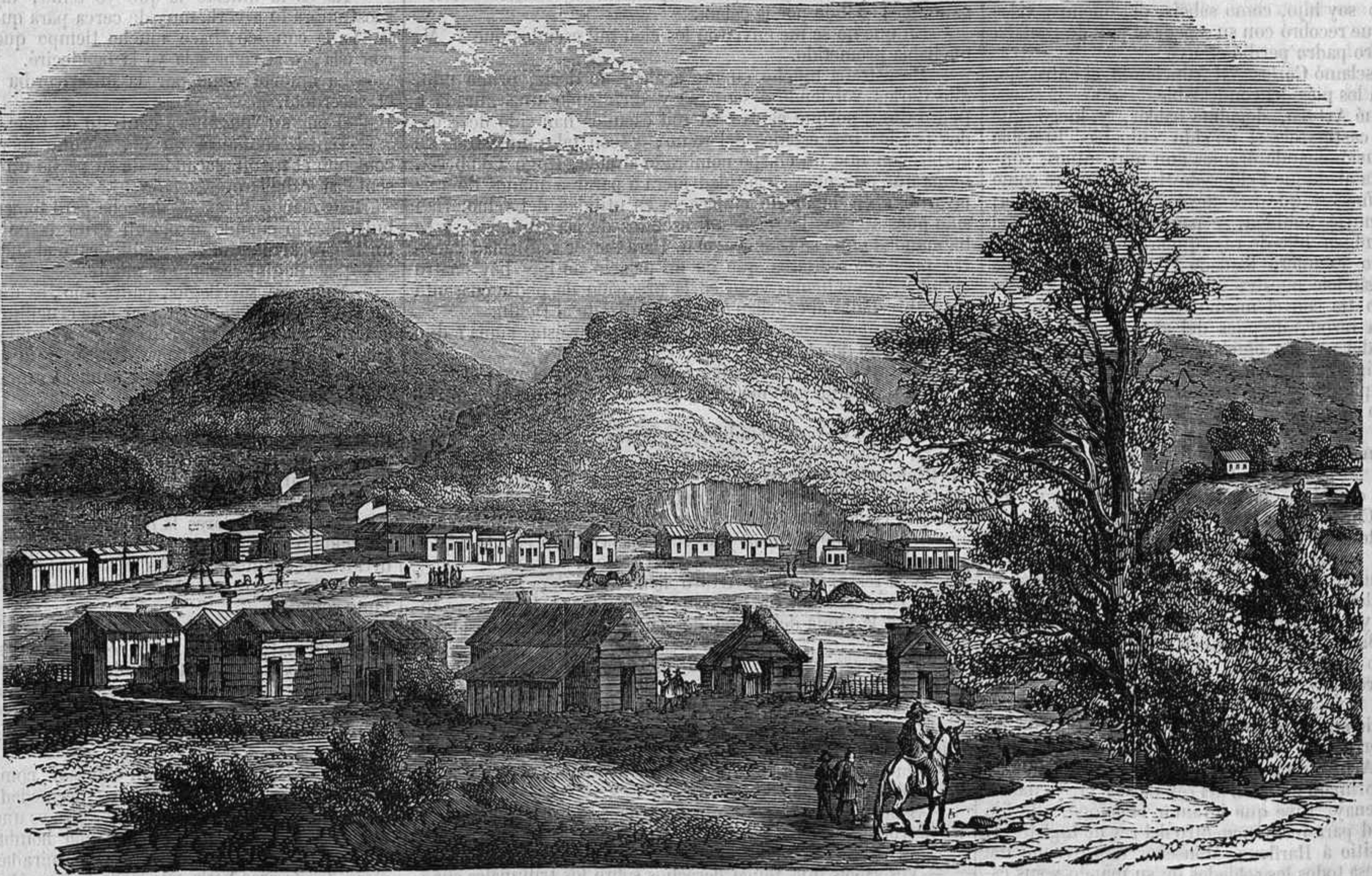
Al dia siguiente el señor de Giac fué arrojado al agua y se ahogó.



Monumento en el pozo de Siefried.

donar el Santo Padre; pero á la hora de la muerte todo confesor puede hacer sus veces: esperad pues, hijo mio, porque la misericordia de Dios es grande.

—Entonces, padre mio, yo me lancé ansioso en todo lo que el hombre llama goces, placeres y honores de la vida: seducciones, gloria, riqueza, todo lo agoté. Como los hombres no tenian para mí ni honor ni fé, me adapté á sus costumbres, á su esterilidad de sentimientos, y no tenia para ellos ni honor ni fé. Vendia al que me amaba, como fui vendido de aquellos á quienes habia amado: amigos, queridas, patria, todo fué para mí una palabra vana que sacrificaba á mi capricho. Y esto duró diez años, padre mio, diez años de condenacion que todos creian habian sido diez años de dicha; diez años en los cuales no se pasó ni



Isla de Mormon en la California.

un dia, ni una noche sin que yo dejase de ver al duque y á Catalina estrechamente abrazados: no dormía por la noche; los recuerdos venian á atormentarme, como si no fueran bastante los hechos palpables que se repetian sin cesar; y sin embargo yo oía decir cuando pasaba por delante de al-

—Ahora, dijo dirigiéndose hacia él y mostrándole su muñeca sangrienta y mutilada, ya podeis echarme la absolucion, pues ya no tengo la mano maldecida.

Al dia siguiente el señor de Giac fué arrojado al agua y se ahogó.



Revisa de tropas en Berlin.

LA CAPILLA ESPIATORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO G. DEL CANTO,

oficial de infantería.

CAPÍTULO PRIMERO.

Los viajeros.

Era una noche del mes de enero: el cielo se hallaba tachonado de estrellas, y la luna, que había llegado á su apogeo, seguía su curso majestuoso por el célico palacio, y su claridad argentina hacía dudar si habría robado, cual otro Prometeo, sus rayos luminosos al carro del astro rey.

El silencio de la naturaleza en aquellas horas en que la mayor parte del género humano cesa de agitarse por haber encontrado en el sueño algunos momentos de reposo, que cual bálsamo consolador anima sus fuerzas para volver á sus tareas al día siguiente, era un espectáculo imponente y sublime. Todo anunciaba una noche serena, pero terriblemente fría. La nieve, que cual un manto de armiño cubría los campos privados de vida y de verdor, parecía, con la escarcha que había caído desde las primeras horas de la noche, un campo de plata sembrado de riquísimos brillantes.

El viento del Norte, atravesando los helados montes de Guadarrama, se lanzaba sobre las campiñas, azotando las copas de los árboles, que movidas á su impulso, desprendían copos de nieve parecidos á las flores de los jazmines cuando caen del arbusto sacudidas por la brisa juguetona.

A una legua de Madrid se veían dos hombres montados en soberbios palafreñes, que marchaban á un trote largo, en dirección del pueblo llamado en la actualidad Getafe. El más joven, que iba delante, aunque á corta distancia de su compañero, tendría unos diez y ocho años de edad. Sus ojos grandes y negros, que era lo único que se le veía del rostro, pues iba embozado en una capa negra, revelaban una inteligencia poco común y un alma ardiente y generosa. Llevaba en la cabeza un sombrero de alas anchas con pluma negra, y se veía asomar por debajo de la capa la contera de su espada.

El que le seguía á corta distancia vestía un tabardo de paño pardo y un sombrero sin pluma, llevando colgada del cinto una grande espada, y era escudero del caballero de la pluma negra.

—Paréceme, Lope, que nos vamos á helar antes de llegar al castillo, dijo el caballero en tono de mal humor.

—No será difícil, señor duque; respondió el criado, pues falta todavía una legua de muy mal camino, y el viento que sopla hiela los labios.

Callóse el caballero, que desde ahora llamaremos duque, y continuaron silenciosamente su camino por espacio de una hora, aunque con mayor precipitación, en atención á que la nieve caía con tanta abundancia que en pocos instantes se hallaron vestidos de blanco nuestros viajeros.

—¡Vive Dios, dijo el duque, que no esperaba pasar una noche espuesto á morir de frío solo por el placer ó la curiosidad de ver ese estraviado castillo!

—Ya os dije, señor duque, que debíamos haber salido mañana, y hubiéramos pasado un rato delicioso, pues los parajes por donde vamos pasando están llenos de tradiciones y son sumamente pintorescos.

—Sí; pero entonces atrasaba una jornada, y sabes que tengo días señalado para poderme embarcar en Cádiz.

—Ciertamente... pero... mirad... mirad, señor duque, yo se ve una luz en lo alto de esa colina que tenemos en frente y ahí debe de estar situado el castillo. Efectivamente, á los pocos instantes distinguieron á distancia de un tiro de arcabuz una vasta muralla con sus correspondientes torreones, que alumbrados por la descolorida luz de la luna, que entonces estaba algo velada por una nubecilla, parecían elevándose hasta los cielos y cubiertos de nieve, insultar con su mole agigantada á todos los elementos.

El castillo de los antiguos condes de Sandoval, que era el que tenían delante nuestros interlocutores, y formaba al parecer el objeto de su viaje, se había construido á mediados del siglo XI, por uno de los ascendientes de aquella ilustre familia, con el objeto de poner freno á las vandálicas irrupciones de los moros de Toledo, que solían devastar con frecuencia los países circunvecinos.

Estaba situado en una pequeña eminencia que dominaba todos los pueblos de la comarca. Flanqueado por cuatro torreones, y circunvalado por un ancho y profundo, foso con su puente levadizo y cuantos recursos proporcionaba entonces el arte de fortificación, era lo más á propósito para sostener con ventaja el mas desesperado de los asaltos. Grandes salones, galerías subterráneas, patios y demás departamentos necesarios para contener con comodidad hasta quinientos guerreros, formaba el interior de aquel dilatado y fuerte edificio.

Arrojados los moros de Toledo, fué abandonado por sus señores, hasta que uno de sus descendientes lo reparó hácia fines del siglo XV, haciendo de él una magnífica quinta rodeada de parques y jardines, y muy á propósito para pasar las temporadas de verano en la caza de venados y javalies, de que estaban poblados los espesos bosques de las inmediaciones.

En la época á que se refiere nuestra historia pertenecía al duque de San Roman y de Tunez, y su padre, que acababa de fallecer, había hecho desaparecer el foso y puente levadizo, quedando solamente como testimonio de sus pasadas glorias la muralla y sus fuertes torreones.

Apenas nuestros viajeros dieron dos aldabazos en la puerta principal, que resonaron estrepitosamente en el interior, se oyó el ladrido de los perros y los pasos vacilantes de una persona sexagenaria que decía: «¡Leon, silencio! Turco, en guardia!» y á poco rato preguntó con firmeza:

—¿Quién va?

—Abrid, señor Mendo, contestó Lope.

Apenas el viejo criado conoció la voz de su compañero, la puerta rechinó sobre sus pesados gongos, y apareció la figura de un anciano que rayaba en el último tercio de su vida.

—«Buenas noches,» dijeron los viajeros.

—Dios os guarde, contestó el anciano: y despues de haber hecho una caricia á dos enormes perrazos que estaban á sus piés moviendo la cola, como preguntándole si habían llenado su cometido y podían retirarse á sus puestos, mandó á dos robustos aldeanos que se presentaran en aquella ocasión, que volviesen á cerrar la puerta y acomodasen los caballos. En seguida dijo saludando al caballero:

—Podeis seguirme, señor, y os presentaré al venerable abate de esta quinta, que se halla gozando del calor de un buen fuego en la cocina. Allí podeis cenar si tenéis hambre, y calentar vuestros piés que deben estar ateridos de frío.

—A fé mia que os habeis anticipado á mis deseos, respondió el caballero, y siguió alegremente al viejo Mendo, que subió con bastante viveza la escalera.

El caballero al entrar en la cocina se inclinó ante la respetable figura de un anciano nonagenario, cuya frente, aunque arrugada por el peso de los años, no tenía ninguna de las señales que dejan en pos de sí las pasiones mundanales, ó los excesos de una juventud licenciosa; pero se descubría en sus arrugas un tinte de melancolía que inspiraba respeto y simpatía á cualquiera que lo observase. Su cabeza enteramente calva y sus ojos azules, en los cuales reflejaba una dulzura angelical, no pudieron menos de llenar de admiración y respeto al caballero, que no se atrevió á tomar asiento sino despues de habérselouplicado con la mayor dulzura y amabilidad el digno sacerdote.

Dispuso en seguida se le sirviese la cena en uno de los salones de la quinta; pero el desconocido suplicó al anciano no le privase del goce de aquel fuego, y sobre todo de su santa compañía, y el sacerdote, para complacerle, dispuso se colocase una mesa junto al hogar, donde se le sirvió una cena, digna en todos conceptos de los tiempos patriarcales.

Repuesto el desconocido del hambre y del frío de tan penosa jornada, el sacerdote le dirigió la palabra en estos términos:

—¿Podré saber, caballero, sin ser indiscreto, á quién tengo el honor de dar hospitalidad? Por Lope que os acompaña, criado del señor duque difunto, infero que seréis amigo ó conocido del joven duque de Tunez, á quien no tengo el honor de conocer, en atención á que todavía no se ha dignado visitar este castillo ó quinta, que tantos recuerdos conserva de sus ascendientes; pero desearia saber vuestro nombre para participarle vuestra venida, segun se acostumbra con todos los que reciben en él hospitalidad.

—Permitidme, respetable señor abate, que calle mi nombre, pues es indiferente que aviseis á mi amigo el duque. El sabe ya mi venida, y para que se me permitiese visitar todo el castillo ha dispuesto me acompañe su antiguo criado Lope, el cual os dará algunas instrucciones de su señor.

Lope inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Dispensad, caballero, mi petición, replicó el sacerdote: no creais que ha sido una vana curiosidad de saber vuestro nombre, sino una costumbre que se sigue en el castillo hace mas de treinta años.

—El objeto de mi visita, señor abate, es el de reconocer todos los departamentos de este castillo, de tantas tradiciones y recuerdos, segun decís; pero como tengo precision de partir mañana muy temprano, quisiera que diérais vuestras órdenes para que se me enseñen todas sus habitaciones subterráneas al rayar el día.

—Serán cumplidos vuestros deseos.

Dicho esto, dispuso el sacerdote le acompañase al desconocido á su habitación, donde lo dejaremos dormir con el sueño profundo del que tiene diez y ocho años, lo mismo que á los demás habitantes del antiguo castillo de los duques de San Roman y de Tunez.

CAPÍTULO II.

El panteon.

Aun la purpúrica aurora no había estendido sus rayos de oro y de zafir sobre los denegridos torreones del castillo; aun el mundo no había sacudido su letárgico sueño, ni el canto de las aves había entonado el himno de alabanzas al Eterno desde la espesura de los bosques, temerosas de que el viento helado que corría por los campos cortase su aliento vital, cuando el desconocido se pasaba precipitadamente por un salon de la quinta, como tratando de sacudir el frío que se iba apoderando de sus miembros. Ya se iba impacientando al ver que no se presentaba ningun sirviente á tomar sus órdenes, cuando vió aparecer en el dintel del salon al anciano sacerdote, que caminaba apoyado en un báculo; pero á pesar de sus noventa años, su paso era firme aunque algo lento.

—¿Os admirais, caballero, le dijo con sonrisa angelical, de verme levantado tan temprano? Pues sabed que en este instante acabo de celebrar la santa misa, que digo diariamente en la capilla del panteon del castillo, y ahora vengo á enseñaros por mí mismo cuanto os plazca examinar.

El joven puso todos los medios imaginables, apuró todos los recursos de su elocuencia para disuadir al anciano de una resolución que creía en extremo perjudicial á su salud, manifestándole repetidas veces que un criado era suficiente para que le acompañase; pero el abate, firme en su propósito, le dijo sonriendo:

—Seguidme, hijo mio, y vereis que al fin de vuestra visita os hallareis con mas frío que yo. Si el piso está bueno, como lo creo, pues ha helado bien toda la noche, pienso despues que haya cumplido con mi deber hácia vos, ir á dar mi acostumbrado paseo matutino por el parque. ¡Fenómeno admirable! Aquel anciano de noventa años, con una sangre fría por necesidad y lenta en su circulacion, miraba con indiferencia una de las mañanas mas rigorosas del invierno, al paso que acobardaba á un joven de diez y ocho años. ¡Cuántas reflexiones filosóficas podrian sacarse de esta notabilísima é innatural diferencia entre dos existencias, de las cuales la una se hallaba en su primavera y la otra tocaba á su fin!

El desconocido siguió al anciano, el cual le fué enseñando sucesivamente todos los departamentos del castillo, deteniéndose á cada momento para referirle la época en que habían sido construidos algunos muebles, y pintados ó retocados algunos cuadros de familia, y le daba una ligera noticia de la historia caballeresca de aquellos guerreros, ascendientes de la familia de Sandoval.

Por último llegaron al panteon.

Era una especie de subterráneo abovedado, sostenido por ocho columnas de mármol, y al cual se bajaba por una escalera en forma de caracol.

El pavimento estaba perfectamente embaldosado de mármol blanco y azul. En el fondo estaba la capilla mencionada anteriormente por el sacerdote, y en el centro había una cruz de piedra y una estatua de mármol de Carrara que representaba el ángel de la Guarda.

Solo una lámpara alumbraba constantemente aquel subterráneo de la muerte.

Los féretros estaban colocados circularmente, y encima de cada uno se levantaba un pequeño pedestal, en el que se hallaba incrustada una lámpara azul, leyéndose en ella una inscripción que revelaba el nombre del cadáver que encerraba, sus títulos y blasones.

Despues de haber leído varias de las inscripciones, entre las cuales se hallaban los nombres de D. Fabricio de Toledo, conde de Sandoval; D. Carlos de Sigüenza, duque de San Roman y de Tunez, y otros varios, todos de la familia de los Sandovals, llamó la atención del desconocido una tumba que se hallaba separada de todas, y en la cual se leía la siguiente inscripción:

Hernan Manrique, fidelísimo y queridísimo amigo de Don Carlos de Sigüenza.

—¿Tendreis la bondad de explicarme, dijo el desconocido, á qué familia pertenecía este caballero? Su apellido me es enteramente desconocido.

—Ese caballero fué un criado, ó mas bien un amigo del duque de Tunez, que sirvió de paje de armas al emperador Carlos V antes que al duque.

Por un incidente bastante extraordinario pasó al servicio del duque, y se puede decir que fué uno de los hombres mas honrados y leales de su tiempo. Despues de infinitos servicios prestados á sus señores tanto en paz como en guerra, fué tanto el afecto que tomó al duque, que en una ocasión perdió el juicio á consecuencia de haberle visto en un eminente peligro, del cual pudo salvarle milagrosamente; pero fué tan fuerte la emoción que recibió, que le privó de la razón, la cual volvió á recobrar á fuerza de infinitos cuidados, aunque solo tenía algunos dias de lucidez, cayendo luego en una especie de estupor, de que no podían sacarle ninguna clase de atenciones y desvelos.

El emperador, agradecido á los servicios que le había prestado, le armó caballero, y el duque no permitió se separase nunca de su lado.

Cuando falleció, que fué en 1544, esto es, cuatro años despues del fatal acontecimiento, dispuso el duque que se le enterrase en el panteon de su familia.

A los dos he conocido, dijo el anciano sollozando, y una lágrima se deslizó por sus arrugadas mejillas; á los dos he conocido y tratado con bastante confianza, y ambos fueron tan buenos como desgraciados; y si yo creyese en la fatalidad, diría que había pesado sobre ellos desde la cuna, lo mismo que sobre la mayor parte de los que reposan en esos sepulcros.

—Y podria preguntaros, sin ser indiscreto, ¿qué funesto acontecimiento causó la locura de tan honrado servidor? Se me figura que debería ser muy inminente el peligro de su señor, para ocasionarle un sacudimiento tan fuerte, aunque supongo que sería mayor el cariño de su criado. De todos modos, si no os fuese molesto, y sobre todo si no os impide alguna causa revelar esa historia, desearia que os tomaseis la molestia de contármela, pues se me figura que ha de ser bastante interesante.

—Sí señor, muy interesante, respondió el anciano sollozando, tanto por la nobleza de los personajes que figuraron en ella, cuanto por sus virtudes y sus desgracias. ¡Ah, hijo mio! Los delirios de la juventud arrastran al precipicio á las almas del temple mas sublime, y el furor no refrenado de las pasiones las lanza en el camino de la perdición. Vos sois joven, mi querido señor, y en todas estas tumbas hallareis ejemplos que os deben apartar de los errores que á los cadáveres que descansan en ellas han hecho desgraciados durante su vida. Mas ya que deseais saber tan patética historia, volvámonos al salon, donde ya tendremos un buen brasero y el desayuno, y allí os la contaré con la mayor brevedad.

Los dos interlocutores abandonaron aquel recinto de eterno sueño, y despues de haberse desayunado con bastante frugalidad, de algunos momentos de meditacion por parte del abate, durante los cuales parecía traer á la memoria acontecimientos harto dolorosos, principió su relacion en estos términos:

La historia que os voy á contar no tiene nada de extraordinario para aquellos que han hecho un estudio profundo de las debilidades del corazon humano; pero vos que estais ahora en los primeros albores de la vida, y que creereis hallar vuestro camino lleno de flores, sin conocer que dentro de su pintado y aromático cáliz se ocultan áspides venenosos; vos que por vuestra edad y vuestra educación debeis de estar todavía exento de la corrupcion y de las pasiones, no dejareis de enterneceros como yo me enternezco, siempre que recuerdo tan patéticos acontecimientos.

La educacion, que es, por decirlo así, el valladar en que se estrellan las malas inclinaciones del hombre, no ha sido por desgracia mirada con gran consideracion por vuestros abuelos. Nacidos entre los roncocos ecos de la trompa guerrera, que resonó por espacio de quinientos años desde un polo al otro, ya para contener los estragos que los estandartes del falso profeta habían ocasionado desde las columnas de Hércules hasta las Galias y desde el Bósforo hasta las orillas del Tiber, ya para secundar los plausibles y filantrópicos deseos de varios monarcas, que no satisfechos con haber agotado sus tesoros y su sangre, combatiendo las falsas doctrinas de Mahoma en Oriente y Occidente, lanzaron sus navíos al Océano, animados de la fé mas pura y de un santo entusiasmo para sacar á los indios del estado de barbarie en que yacía y enseñarles las doctrinas del Redentor; todos estos motivos, digo, hacian que los nobles no cifrasen su dicha mas que en adquirir gloria, títulos y riquezas, sin pararse en la sangre que inhumanamente, aunque con la mejor buena fé, derramaban los mas para adquirir tan funesta nombradía.

Lejos de mí la idea de acriminar á persona alguna, echándolas en cara excesos propios de la barbarie de los siglos en que vivieron, y mucho menos á familias como las que

figurar en mi historia, y bajo cuya proteccion ejerco pacificamente mi santo ministerio hace sesenta años.

Yo fui testigo presencial de los hechos que os voy á referir, y aun parte interesada, pues no me hubiera sido posible sin fallar á las leyes de la gratitud mirar con indiferencia la felicidad ó la desgracia de personas que me amaban con la malicia de la envidia y cuyo pasto espiritual estaba á mi cuidado. Y si yo tenia mi mision sobre la tierra, mision de paz y caridad, me tenia alejado de las pompas mundanales, el desgraciado Hernan me contó varias veces en los momentos lúcidos que tenia, algunas particularidades que yo ignoraba. Pero voy á principiar, pues advierto que lo deseais con ansiedad.

—Ciertamente, me interesa en extremo saber los pormenores de los acontecimientos que hicieron desgraciada á tan ilustre familia.

CAPÍTULO III.

La fuga.

En 1538, esto es, hace unos sesenta años poco mas ó menos, existia en la corte del emperador Carlos V el conde de Sandoval, caballero de los mas nobles y valientes de su tiempo. Dedicado desde su juventud á la carrera de las armas, que entonces como ahora era la única á que estaban llamados los que debian á la casualidad el nacer de una ilustre familia, educado bajo los principios de que el noble no tenia mas mision en la tierra que defender su religion, su rey y su dama, mirando á todos los hombres que estaban en esfera mas baja que la suya como seres formados de un barro distinto, no habia respetado durante su juventud ninguna de las virtudes que adornan á los hombres sometidos desde su infancia á las leyes de una esmerada educacion y de una moral dulce y consoladora, siempre que aquellos no fuesen de su misma clase. Así es que su carácter era duro, su genio violento y altanero, y tenia una ambicion ilimitada. Esto mismo fué causa de que el monarca no hubiese contado casi nunca con él para ninguna de las infinitas empresas que tuvieron lugar durante su reinado. Lleno de rabia y despecho, se habia retirado de la corte y vivia la mayor parte del tiempo en este castillo dedicado á la caza y otras diversiones propias de su carácter.

A los veintin años de edad se habia casado en Madrid con Doña Elvira de Cienfuegos, cuyo carácter dulce y hermosura incomparable formaban un contraste muy marcado con el de su esposo; pero dotada de un talento delicado y de una virtud á toda prueba, habia logrado suavizar algun tanto las costumbres casi feroces de aquel, adquiridas por su desgraciada educacion y los hábitos de la guerra.

Doña Elvira tuvo la felicidad de dar á luz una niña tan sumamente hermosa, que á los diez y seis años de edad era el encanto de la corte de los dos mundos.

Blanca, que así se llama la niña, fué colocada desde su infancia bajo la direccion de su tia Ernestina, hermana de la condesa, que habiendo quedado huérfana al casarse Elvira, y teniendo cierta repugnancia al matrimonio, se habia ido á vivir con su hermana, á pesar de tener un pingüe patrimonio, encargándose por placer de la educacion de la hermosa Blanca. Pero jóven aun, y de un carácter alegre, servia mas bien de confidente y amiga de su sobrina, y no era á propósito para dirigir sus fogosas inclinaciones. Así es que Blanca vivia casi á su albedrío, y se habia acostumbrado á salir con sus menores caprichos.

Llegó por fin á los diez y seis años sin haber pensado mas que en satisfacer sus pueriles deseos, alhagada su mente por mil ensueños de su felicidad, y apenas fué presentada en la corte, se la aclamó por unanimidad la reina de las beldades.

El conde, que en sus ambiciones miras habia soñado grandes proyectos de himeneo para su hija, creyó conveniente retirarla del bullicio del mundo á poco tiempo de haber logrado llamar la atencion de la nobleza hácia su casa. Quería evitar por este medio que Blanca, cuyas ideas fantásticas conocia, pudiese frustrar sus proyectos, enamorándose de alguno de los infinitos galanes de fortuna que tanto abundan en las cortes que marchan á la cabeza de las naciones.

Pero por desgracia no tomó esta determinacion tan oportunamente como debia; pues en el poco tiempo que la jóven se vió rodeada de galantes y nobles caballeros habia cautivado su corazon la donosura y gallardía del jóven D. Carlos de Sigüenza, caballero desconocido de la nobleza, pero lleno de osadía y de fortuna con las damas, que se disputaban á porfia su posesion.

El por su parte tambien se sintió arrebatado por el amor de Blanca, y la dió la preferencia entre tanta beldad como codiciaba su amor.

No habia faltado ocasion á los dos amantes para poder comunicarse sus sentimientos á pesar de la continua vigilancia del conde, y lo que en un principio habia sido solo una impresion, un sacudimiento fuerte para sus corazones vehementemente apasionados, se convirtió luego en un inflamado amor que les hacia no ver nada en el mundo fuera de sus dos existencias unidas.

El duque de San Roman, favorito del emperador Carlos V, de carácter astuto, constante en sus empresas y excelente guerrero, habia nacido para figurar tanto en los campos de batalla como entre las intrigas de los palaciegos.

Para él no habia en el mundo ni vicios ni virtudes, pues miraba con la misma indiferencia una accion sublime que un crimen inaudito.

Político consumado, habia sabido conservarse por espacio de veinte años en el favor del monarca, y se habia creado por este medio una brillante y envidiada posicion en la corte.

Habia dado infinitas cuchilladas en Italia donde hizo la guerra con Leyva y Pescara, distinguiéndose en la batalla de la Mota, que tuvo lugar en mil quinientos trece, entre españoles y venecianos, alcanzando desde entonces una reputacion proverbial de valor y de osadía.

En esta época vió en Milan á la señora Elisa de Guicci, á quien el cielo habia prodigado la mas perfecta hermosura. Verla, desearla y señalarla un renglon en el número de sus conquistas, fué obra de pocos momentos, pues poniendo en seguida en práctica sus recursos amorosos, logró que la bella Elisa correspondiese á lo que él llamaba su ardiente pasion, perdiendo su reputacion y su virtud, pues á poco tiempo de sus amores, abusando el libertino guerrero de la debilidad de la hermosa, á quien juró mil veces que se uniria á ella por

los sagrados vínculos de himeneo, consiguió satisfacer sus deseos brutales y hacer madre á la desventurada Elisa, la cual para poder ocultar el vergonzoso fruto de sus devaneos, tuvo que darle á luz en una pequeña aldea inmediata á Milan, dándole en poder de unos compasivos y honrados labradores.

La tierna madre, á pesar de su desesperada situacion pasó en silencio los seis primeros meses de su desgracia, sostenida por las lisonjeras esperanzas de que el fementido seductor cumpliría segun la habia prometido con los deberes de caballero; pero la campaña que abrió el emperador en persona por la frontera de Flandes en mil quinientos veintiuno contra la Francia, á consecuencia de haber sido invadida la Navarra por Andrés de Foix, auxiliado por tropas francesas, la hizo perder toda esperanza, pues el duque recibió órden de abandonar precipitadamente la Italia para unirse al emperador, dejando en el último grado de desesperacion á la desventurada hermosa.

Apenas el duque se unió al ejército del monarca, tuvo que concurrir al sitio y toma de Monzon, donde pagó su falsía recibiendo una grave herida en el pecho que le puso á las puertas de la eternidad; pero el cielo, que sin duda queria valerse de sus perversas inclinaciones para probar la constancia y la virtud de otros desgraciados, le conservó la vida por entonces; pero tuvo que marcharse á España despues de una larga y penosa cura, donde segun opinion de los médicos tendria una pronta y segura convalecencia.

Elisa, á quien llenó de indignacion el villano proceder del duque, el cual desde su repentina salida de Italia no se habia dignado escribirla una sola vez, y habian trascurrido ya cuatro meses, contrajo una melancolia que poco á poco la fué consumiendo y la condujo por último á la tumba. Pero antes de exhalar el último suspiro tuvo la suficiente resolucion, á pesar de su estado de abatimiento, para asegurar la existencia y el porvenir de su adorado hijo. Para conseguirlo se fugó de la casa paterna, y á los diez y ocho años de edad se puso en marcha para Flandes acompañada de un criado fiel y de su desgraciada hermosura.

CAPÍTULO IV.

El Huérfano.

Despues de infinitas penalidades sufridas por la hermosa abandonada, llegó por fin al término de su viaje y se presentó angustiada al emperador, á quien hizo relacion de sus desgracias causadas por la falsía de uno de los primeros magnates de su corte.

El monarca la recibió con dulzura, la consoló, y la dió esperanza de que mejoraría su situacion, valiéndose de su poder para que el duque cumpliera con sus deberes de caballero; mas á pesar de tan lisonjera perspectiva, la infeliz Elisa no pudo sobrellevar tantas fatigas y padecimientos, y á los dos meses de estar luchando con una fiebre lenta y consuntiva, pasó á gozar del eterno descanso que espera á todos los que padecen en el páramo de la vida.

Dos dias antes de morir escribió al emperador suplicándole no abandonase á su infeliz hijo, y le remitió los documentos que acreditaban su nacimiento y el pueblo y familia en cuyo poder se hallaba.

Así concluyó su carrera aquella desgraciada niña, digna por su inocencia y hermsura de una suerte mas placentera. Pero el cielo en sus incomprensibles arcanos quiso que aquella tierra flor, apenas abrió su cáliz y embalsamó la atmósfera con sus perfumes aromáticos, hallase una mano tirana que la arrancase de su capullo y la marchitase con su aliento emponzoñado.

¡Hé aquí, poco mas ó menos el fin de todas las jóvenes que dando oídos á las falaces y seductoras palabras de corrompidos libertinos, pierden en la primavera de su vida la flor de la inocencia, que es la mas delicada de todas las flores!

Pero no creais, hijo mio, que quedan impunes los delitos de aquellos que abusan villanamente del candor y de la hermosura. Su existencia, al parecer bulliciosa y placentera, está rodeada de continuos escollos donde choca sin cesar su incontinencia, y concluyen la carrera de su vida acosados de dolores y remordimientos, pues el brazo de Dios nunca deja sin castigo á los malvados.

¡Dios os preserve, hijo mio, de entrar en esa carrera de licencia y de escándalo que tantas desgraciadas víctimas arrastra á la prostitucion y á la muerte!...

El emperador, movido á compasion, hizo recojer al huérfano por medio de un ayuda de cámara de toda su confianza, y lo mandó al castillo de Sigüenza, donde lo confió al cuidado de Hernan Manrique, su paje de armas, encargando á ambos el mayor sigilo, sobre todo para con el duque.

El ayuda de cámara murió al poco tiempo, y solo quedó depositario del secreto Hernan Manrique.

El emperador dispuso se diese al huérfano su nombre y el apellido del castillo donde vivió hasta la edad de catorce años.

El duque, á pesar de su immoralidad y corrupcion, trató de averiguar despues de su completo restablecimiento la suerte que habia cabido á la infeliz que habia seducido, y supo, no sin algun sentimiento, que habia dejado de existir, y que el fruto de su amor la habia sobrevivido solo algunos dias, pues así habia dispuesto el emperador circularse el desenlace de aquella trágica escena.

Se consoló al parecer prontamente del sentimiento que le pudo causar aquella noticia, y á mayor abundamiento trató de disiparle enteramente por medio de una vida licenciosa, pues pasaba la mayor parte del tiempo en escandalosas orgias y revolcándose en los inmundos brazos de impuras mesalinas.

Pero á pesar de estos recursos escandalosos, no le proporcionaban sino brutales y fugitivos deleites, no gozaba de la mayor tranquilidad en aquellos momentos en que nuestra alma se reconcentra en sí misma pidiéndose cuenta de sus acciones, y se sobresalta cuando un grito interior, el grito aterrador que exhalan nuestros corazones, y que materializándole denominamos con la palabra conciencia, y que es mas bien el instinto religioso que Dios ha colocado como una mínima parte de su divinidad dentro de nuestra miserable existencia; aquel grito, repito, le acusaba sin cesar, y murmuraba continuamente en su oído las palabras... ¡Asesino!... ¡Infanticida!...

Todos los malvados, hijo mio, se aterran y confunden

cuando creen oír en su conciencia la voz de Dios, y por un temor supersticioso caen de la mas impía incredulidad en la mas ridícula devocion, y creen que pueden seguir haciendo daño al género humano, con tal de que rindan algunas ofrendas ante las aras del Salvador: ofrendas que inflaman su cólera divina en lugar de aplacarla, pues lee la maldad escrita con letras de veneno en sus miserables corazones.

Hé aquí lo que sucedió al duque de San Roman: Apenas le invadió el remordimiento, creyó compensar el daño que habia causado á sus semejantes con haber cedido algunas limosnas á los templos y á los pobres, y haber mandado edificar dentro de su palacio una capilla, de la que fué nombrado entonces capellan, á pesar de mis pocos años.

En esta época fué cuando el monarca de Occidente trató de dar al huérfano una educacion digna de su nacimiento, y habiendo notado mucha moderacion en la conducta de su favorito y de su piedad edificante, creyó que á nadie podia confiárselo con mas seguridad que á él.

Por mas que he reflexionado antes y despues, no he podido adivinar por qué funesta fatalidad, si me es permitido expresarme así, no le dijo el emperador: «Señor duque, ahí os entrego el hijo que creéis muerto y que tan infamemente habeis abandonado. Educadle bajo una moral mas severa que la vuestra, y con vuestro ejemplo haced que pueda llevar algun dia con gloria el título de San Roman.»

Pero en lugar de hacer esto, se lo entregó diciéndole que era un huérfano á quien protegia, y le recomendaba que le tratase como á un hijo. Tomó la precaucion de poner á su lado á Hernan, para que si un azar repentino arrebatase la existencia al emperador, hubiese una persona que pudiese cambiar la suerte del huérfano y le hiciese conocer al mas desleal de todos los padres.

El duque tomó á su cargo la educacion del jóven Carlos. Este tenia ideas generosas y caballerescas; su genio era violento y capaz de los mayores arrebatos, y su imaginacion viva y ardiente.

En poco tiempo hizo admirables progresos en la equitacion, en la esgrima y en todos los demás ejercicios que en aquellos tiempos en que aun reinaba la razon y el talento en la punta de la espada, formaban la brillante educacion de un caballero.

El duque, á pesar de su egoismo, que no le permitia amar nada en el mundo mas que aquella que sirviese para satisfacer sus caprichos, llegó á no mirar con indiferencia al jóven huérfano, ya fuese por su gallardía y brillante disposicion, ó ya por cierta reminiscencia que encontraba en su semblante con un recuerdo que formaba un borron en una página de su historia.

¿Y cómo no hallar rasgo en la fisonomía del huérfano que le trajese á la memoria recuerdos dolorosos de su vida licenciosa, cuando la naturaleza no ha desmentido nunca la especie y el origen de todos los seres de la creacion?

Sin embargo, á pesar de los recuerdos que le traía á la memoria aquel adolescente, jamás el amor paterno le hizo conocer ni aun sospechar que pudiese tener su misma sangre. Mas esto era disculpable en cierto modo, si se atiende al convencimiento en que estaba de que su hijo habia fallecido; pues no solo una vez, sino en varias ocasiones habia enviado emisarios á Italia y otros puntos con objeto de hacer nuevas pesquisas acerca del fallecimiento de su hijo, á quien de buena gana hubiera dado su nombre; pero todos habian regresado con la confirmacion de la fatal catástrofe.

No dejaba de reflexionar algunas veces acerca de quiénes serian los autores de la existencia del niño; pero en vista de la identidad de nombre con el del monarca, de haber sido elegido él, su mayor amigo, para educarlo; y de las caricias que aquel le prodigaba siempre que lo veía, lo creyó fruto de algun devaneo de su juventud.

Muchas veces se lamentaba con Hernan de no tener una compañera que le hiciese mas llevadera su existencia, cansada ya de placeres en la mitad de su carrera; pero temia contraer los sagrados lazos, pues creia que á su edad no le proporcionarían mas que disgustos.

El fiel criado, que adoraba al huérfano, pues no se habia separado de su lado desde la cuna, hubiera dado la mitad de su existencia por descubrir el secreto que tanto pesaba á su corazon, y arrojar en los brazos del afligido duque á su llorado hijo; pero respetando la voluntad del monarca, de quien recibia diariamente señales de benevolencia y nuevos encargos de sigilo, ahogaba sus cariñosos deseos en lo mas recóndito de su pecho, y esperaba resignado el dia en que el emperador quisiese descubrir aquel arcano, cuya tardanza le afligia tanto mas, cuanto que se iban desarrollando las pasiones del jóven Carlos, pues habia principiado ya su carrera amorosa y llamaba la atencion de toda la corte por sus trajes magníficos, pues el duque le daba cuanto anhelaba. Pero hasta entonces nadie habia adquirido ningun ascendiente sobre su indomable corazon, si se exceptúa Hernan Manrique, á quien prodigaba las mas tiernas demostraciones de cariño.

En esta época fué cuando se presentó en la corte Blanca de Sandoval, arrastrando en pos de su hermosura lo mas florido de la nobleza de Castilla.

CAPÍTULO V.

La Partida.

Grandes progresos habia hecho en poco tiempo en la opinion general, y sobre todo entre las damas de la corte, el valor, donosura y discrecion de D. Carlos de Sigüenza, llamado por sobrenombre el huérfano.

Amado por sus mismos émulos, deseado de las cortesanas, y favorecido por el monarca, no podia la maligna envidia tomarle por blanco de sus tiros emponzoñados á pesar de la oscuridad de su nacimiento.

El por su parte sabia hacerse amar, y contenia con su cortesania y escojidos modales las hablillas de impuras cortesanas con quienes alguna vez se habia mostrado esquivo, ó de jóvenes baladís á quien habia vencido en algun combate de amor.

Esta era su situacion en el gran mundo, cuando se presentó en él la interesante Blanca de Sandoval, arrancando de las sienes de las mas hermosas é ilustres damas de Castilla la corona de rosas y jazmin que debia cubrir las de la mas bella.

8.^a

FIN. 2.º Ped. PP.

8.^a

8.^a

8.^a

D. C.

á la %

À LA SEÑORITA DOÑA LAURA DE PARDO.

CAMELIA.

POLKA

PARA PIANO

POR M. DE LA MATA.



PIANO.

The musical score is written for piano and consists of several systems of two staves each (treble and bass clef). The key signature has two sharps (F# and C#), and the time signature is 2/4. The piece begins with a forte (F) dynamic. The first system includes a fingering sequence '3 2 1' and a dynamic marking 'F'. The second system features a piano (P) dynamic and a crescendo (Cres.) marking. The third system includes a 'Glocosamente' instruction. The score contains various musical notations such as slurs, accents, and dynamic markings. There are also some handwritten annotations and markings like '8.a' and '1.' scattered throughout the score.

El duque de San Roman, sin embargo de su edad madura, concibió por la bella virgen, no una pasión, pues él no conocía la mas grande ni la mas pura de todas; sino un maligno deseo de defraudar las esperanzas de algunas cortesanas que le habian negado sus favores esperando cojerle en los lazos de himeneo.

Nada mas comun en las ideas del duque que desprender del ramillete de escogidas rosas de Castilla la mas lozana, la mas hermosa y pura, logrando por este medio burlar las pretensiones de ininidad de jóvenes y galantes caballeros que deseaban aspirar sus perfumes; y últimamente tener un vástago que pudiese eternizar, si posible fuese, su nombre.

Pero á pesar de su ilustre apellido, de su posición y de la fortuna régia que poseía, la juventud, el donaire, y sobre todo la fama caballerisca de su protegido, ó por mejor decir de su educado, aspiró el primer aroma que exhaló envuelto en un suspiro de amor la incomparable Blanca.

El duque reconoció lo formidable que era semejante rival, y ocultó sus proyectos para mejor ocasion; pero maquinando en secreto contra los dos amantes, avisó al conde de Sandoval de la inteligencia que reinaba entre su hija y el desconocido huérfano.

Furioso el conde con semejante noticia, la prohibió asomarse á los balcones y hasta bajar á los jardines de su casa.

Blanca se consumía en secreto y apuraba hasta las heces la copa de la amargura, pues era la primera vez que veía contrariados sus deseos.

Su único consuelo era su querida tia que la servía de confidente, y hasta autorizaba y atizaba la llama de su amor con sus deferencias y discursos en favor del huérfano, tanto que llegó á cometer la imprudencia de permitirle entrar clandestinamente en su cámara, donde le permitía hablar con Blanca; y aunque ella presenciaba sus conferencias, no por eso era menos punible su falta, ni hubiera disminuido en nada la temible cólera del conde si hubiese llegado á su noticia.

Carlos, cada día mas enamorado, no veía en el mundo mas bien ni mas felicidad que Blanca; así es, que sin reflexionar en lo vago de su posición, en la oscuridad de su nacimiento, y sobre todo de contar con la voluntad ni aun el consentimiento de sus protectores, se presentó en la casa del nobilísimo conde en demanda de su hija por esposa.

No se puede expresar si fué mayor la indignación ó el desprecio que sintió el conde al oír al atrevido huérfano, que sin mas timbres que sus protectores ni mas apellido que su espada, tenía la osadía de solicitar la mano de la heredera de la ilustre casa de Sandoval, destinada por su riqueza y hermosura á ceñir sus sienes con la diadema ducal, ó acaso con la corona régia. Así es que sin consideración al favor que el monarca dispensaba al huérfano, y dando espansion á su genio duro y altanero, le llenó de improperios y de sarcasmos acerca de la humildad de su nacimiento y de su familia desconocida, y concluyó diciéndole que cuando presentase un apellido ilustre por sus antiguos blasones, entonces podría contestar á su insolente demanda, y soltando una burlesca carcajada le volvió la espalda con el mayor desprecio, dejándole sumido en un estado de estupor imposible de definir.

Sus ojos querían salirse de sus órbitas, pues le ahogaba la cólera; pero considerando que quien así le insultaba era el padre de la señora de su corazón, salió de aquella casa sin dirección y sin objeto.

Entró en su habitación sin reparar siquiera en su criado Hernan, que apenas vió la mirada de fuego de su señor y el estado de agitación en que se hallaba, y conociendo que algun grave acontecimiento debía de haberle sucedido, trató de calmarle é indagar la causa de su cólera con las palabras mas dulces, sumisas y cariñosas; pero en vano. Dos días se pasaron sin que quisiese comunicarse con nadie y en un estado de marasmo que hizo temer por su salud.

Al tercer día salió de su habitación y se dirigió á la del duque. En sus ojos se leía lo que habia padecido durante dos días, y se echaba de ver en sus miradas un no sé qué de resuelto y atrevido que daba que pensar.

El perdido duque que ya estaba enterado de cuanto le habia pasado con el conde, le recibió con la mayor ternura, fingiendo que lo ignoraba, y le preguntó con el interés de un padre cuál era la causa de su abatimiento.

El huérfano, sin enterarle de su escena con el padre de su amada, le manifestó que le hacia daño el clima de Madrid y que deseaba viajar por el extranjero; pero que habiendo llegado á su noticia que el emperador proyectaba una expedición contra Túnez, nunca se le podía presentar una ocasion mas propicia para viajar, siendo útil á su patria y á su rey, y concluyó rogándole que solicitase del emperador la gracia de acompañarle en la expedición.

El duque, que hubiera dado la mitad de su fortuna por verle lejos de la corte, para interin poder trabajar sin obstáculos en hacerse dueño de la hermosa Blanca, asintió con placer á la solicitud del joven, aunque poderándole las fatigas y peligros á que iba á esponerse en los ardientes arenales de Africa. Bien sabia el taimado duque que de este modo avivaria mas los deseos del huérfano, como así sucedió efectivamente, pues además de darle las gracias aquel por su intercesión con el monarca, le dijo que su resolución era inalterable.

(Continuará.)

MAUSOLEO DEL FELD-MARISCAL BLUCHER DE WAHL STATT EN KRIEBLOWITZ.

Este gran monumento que ha de adornar el sepulcro del inmortal Feld-Mariscal, príncipe Blücher, está ya casi concluido, y es digno del objeto á que se le destina. Tiene unos cuarenta pies de altura, y ha sido ejecutado en granito con la mayor perfección por uno de los mejores artistas de Alemania, con arreglo al diseño del profesor Strak. La cúpula que cubre el mausoleo pesa doscientos cuarenta quintales, y la piedra de que se compone ha sido estraida de las canteras de Strehleu, habiéndose empleado para su transporte veintiocho caballos. En el centro del obelisco que encierra las cenizas del héroe se vé un busto suyo. El sargento mas antiguo del regimiento de húsares que lleva su nombre, se halla encargado de custodiar constantemente el sepulcro, teniendo por habitación una linda casita situada inmediata á él, segun se ve en el grabado que damos en este número. Aunque el palacio de Krieblowitz no sea un edificio de notable arquitectura, llama siempre la aten-

cion por ser el sitio en que el glorioso Blücher halló el descanso en los últimos días de su vida. La reunion de las líneas de ferro-carriles Breslau-Friburgueses en el punto en que se halla el mausoleo, facilita al viajero curioso los medios de visitar este paraje tan notable por los gloriosos recuerdos del personaje que se halla enterrado allí.

NUEVO HOSPITAL DE LAASEU EN BRESLAU.

Reconocida en este siglo eminentemente filantrópico la conveniencia de crear establecimientos de beneficencia para el auxilio de las clases menesterosas, no son solo los gobiernos y las corporaciones quienes consagran una parte de sus caudales á tan piadoso objeto, sino que se ven algunas veces simples particulares que consagran una parte de sus bienes á obras de este género. El virtuoso ciudadano Laaseu de Breslau quiso perpetuar su memoria al morir, estableciendo un hospital para el alivio de sus compatriotas, de las religiones católica y protestante. Este establecimiento se edificó bajo la inmediata inspección del magistrado de la ciudad: el 25 de mayo último se admitieron ya en él 25 enfermos, y para dar mayor solemnidad al acto de la instalación, eclesiásticos de ambas religiones ensalzaron por medio de discursos brillantes el piadoso intento del fundador, que creaba un asilo tan útil para los ciudadanos menesterosos. La construcción se ha hecho con arreglo á los planos trazados por el arquitecto Wolf: situado el edificio en el arrabal de la ciudad, en un punto ventilado y saludable, ofrece á los que son admitidos en él por sus dolencias, esperanzas de una curación rápida y completa. Hallanse allí magníficas salas de juntas, y enfermerías amuebladas con decencia y cuidadas con escrupulosa limpieza, desde cuyas ventanas disfrutan los enfermos de la agradable perspectiva que ofrecen la ciudad y sus alrededores. Un magnífico jardín á la inglesa rodea el edificio, brindando con un recreo saludable y grato á los convalecientes. El establecimiento está bajo la protección y vigilancia de los magistrados, encontrándose tan bien atendido, que en casos fortuitos pueden proporcionarse todos los auxilios necesarios sin dilacion alguna por el médico-inspector, á cuyo inmediato cargo se halla.

UNA REVISTA DE TROPAS EN BERLIN.

Tal es el asunto de la lámina que damos en la página 129 de este número. Los acontecimientos recientes de Alemania han dado ocasion para frecuentes paradas militares; una de las que últimamente se han dado es la que representa nuestro grabado, de suficientes dimensiones para que puedan distinguirse con claridad los uniformes y aire marcial de aquellas tropas.

HOSPEDERIA DE GRIMSEL.

Desde la aldea Guttaunen, en el Aarthal, hasta Oberwald, en el valle del Rin, en una distancia de seis leguas y media, no encontraría el viajero en el invierno un albergue hospitalario, si la provincia de Oberhasli no hubiese erigido en tiempo inmemorial la hospedería de Grimsel. Ya en el año 1557 hubo de reedificarse, lo cual prueba que hace ya siglos existió un establecimiento análogo al que ahora describimos. El que hoy tiene á su cargo la hospedería, disfrutaba una parte de los pastos de los Alpes para beneficiarlos cual mejor le conviniera, y el permiso (como en las demás hospederías) de hacer cuestaciones en el interior de la Suiza para sostener el establecimiento con su producto, por lo cual se le impuso la obligacion de alojar y dar de comer gratis á los viajeros pobres, permitiéndole tan solo exigir una retribucion módica á los viajeros acomodados; mas como se cometieran fraudes con frecuencia por supuestos colectores, resolvieron los gobiernos de los Cantones darla una subvencion fija anual, y prohibir las cuestaciones.

A causa de su posición topográfica, tan favorable para las escursiones que suelen hacer los viajeros á los ventisqueros mas célebres, fué muy pronto esta hospedería el punto de reunion de todos los turistas, verificando en ella los arrendatarios mejoras importantes, y estableciendo mesas bien servidas. El último hospederio, Jacobo Zybach de Meyringen, hombre honrado y bondadoso al parecer, pero astuto en el fondo, habia adquirido una ganancia considerable en el largo tiempo que hacia se hallaba en posesion del edificio. La cena, la cama y el café por la mañana, costaban comunmente siete francos, precio módico atendido á que, hallándose situada la hospedería en una altura considerable, habia que acarrear la leña de larga distancia. Sin embargo, á los viajeros de las clases mas acomodadas de la sociedad no les exigía precio marcado, sino que dejaba la retribucion al arbitrio de su mayor ó menor generosidad. A consecuencia de la afluencia de viajeros que concurrió á la hospedería en el último verano, imaginó su arrendatario edificar en su lugar una fonda suntuosa y de mayor capacidad. Para lograr su intento, despues de haberse marchado en el otoño á Meyringen con su familia, como de costumbre, dejando un solo criado para cuidar del servicio de invierno, concertó con el ocultar los utensilios y muebles mejores, dejando únicamente los mas precisos, y prender fuego al edificio en un momento oportuno. El crimen se consumó en la noche del 6 de noviembre sin el menor obstáculo, pues en muchas horas no pareció alma viviente por aquellos contornos. Al día siguiente llegó la noticia al Valle, é inmediatamente se presentaron en el lugar del incendio las autoridades de la provincia de Oberhasli y el arrendatario Zybach con su hijo; mas hizo la mala suerte de este que se descubrieran los muebles y utensilios que habia mandado ocultar y que probaban su mala fé. Al principio procuró intimidar á las autoridades; despues intentó seducirlas ofreciendo una suma considerable para que callaran; mas viendo que eran infructuosos ambos medios, se precipitó á un lago profundo con el objeto de suicidarse. Tampoco le fué dado sin embargo conseguir esta vez su criminal propósito, pues algunos montañeses resueltos se lanzaron en pos de él y lograron salvarle la vida, conduciéndole despues á sitio seguro para que sufriera el merecido castigo.

MONUMENTO EN EL POZO DE SIEGFRIED.

Aun no se conoce á punto fijo el sitio en que fué asesinado el antiguo y popular poeta alemán Siegfried. Suponen algunos que le dieron muerte en su propia cama al lado de su infortunada esposa, asegurando otros que fué en un bosque al Sur del Rin. Nosotros creemos que este crimen se consumó en un pozo, el cual se halla situado, segun unos, en Wasgauwald,

y segun otros en Odembald. Para hallar este sitio notable se han hecho numerosas investigaciones, que aunque partiendo de supuestos falsos, han dado lugar á que se considere dicho asesinato como un hecho histórico. El *Dahl*, capitular de Maguncia, uno de los hombres mas entendidos en la historia de Rhiniana, creyó últimamente haber descifrado en la historia indicando en el estenso valle de Lorsch un sitio que aun se conoce en el día, bajo el nombre de Wildbann.

El consejero de Estado Finapp, en Darmstadt, ha adquirido algunos datos sobre el pozo de Siegfried, en Graselbach, que pueden ser de suma utilidad para la conservación de las antiguas tradiciones.

La pequeña aldea de Graselbach, cuyo nombre trae su origen de las Dantas que pastaron durante algun tiempo en aquellos contornos, está situada en el centro del Odenwald, á tres leguas de Erbach, al Sudoeste de la poblacion de Fürth. A la media hora de camino hacia el centro del bosque se encuentra el pozo en un declive de la montaña, rodeado de robles, y al pie de ella hay un plantío de abetos altos y corpulentos. Hace algun tiempo se encontró en esta fuente una piedra medio enterrada con una inscripcion, la cual se empleó mas tarde en la construcción de un edificio. Estaba próxima á perderse totalmente la fuente, cuando se formó para su conservación una sociedad de anticuarios, que recojieron sus aguas en una nueva pila, preservándola para lo sucesivo de una completa desaparicion. Al lado de ella se erigió una cruz de piedra, grabando en su pedestal algunos versos escogidos que sirviesen de recuerdo al viajero que la visitara.

El 22 de julio de 1854, en presencia de una multitud de habitantes de aquella comarca, se descubrió la cruz, cuyo grabado damos en este número, verificándose una fiesta campes-tré tan sencilla como el monumento que se inauguraba.

ISLA DE MORMON EN LA CALIFORNIA.

Natoma es una pequeña ciudad minera, llamada así por los indios de Sutter, que tenían en ella una estacion y cuidaban de facilitar el paso del rio. En medio de este sobresalía un banco de arena en forma de isla, que explotado hace ya algunos años, conserva todavía gran cantidad de arena aurífera.

Despues de los indios tomaron posesion de este banco los Mormones, dando á la ciudad existente allí el nombre de Isla de Mormon. Esta poblacion está compuesta en su mayor parte de casas de tablas, entre las cuales se ven varias tiendas, y reinan en toda la comarca la animacion y el bullicio que se notan hace algun tiempo en toda la California, á consecuencia de las numerosas bandas de emigrados de todas las naciones que acuden allí en busca de soñadas fortunas.

Se nos ha remitido el siguiente artículo, que publicamos por lo que pueda contribuir á ilustrar la opinion, en la cuestion artística de que trata.

BELLAS ARTES.

Los diferentes artículos que el señor Galofre ha dado á luz en varios periódicos de Madrid, han debido llamar la atencion de los amantes de las bellas artes, porque en ellos aparece el autor como poseido de un deseo vehemente de ver de nuevo brillar en su patria el talento artístico, que indudablemente sus naturales poseen, y que en otro tiempo tanta gloria les dió.

Las doctrinas que en los referidos artículos sostiene el autor, y la guerra á muerte que declara á las academias de bellas artes, habrán producido en el ánimo de sus lectores diferentes efectos. Unos los creerán hijos de su conviccion, otros verán en ellos motivos menos nobles. Y de esto tenemos un ejemplo en un periódico granadino, á que alude el mismo señor Galofre en su último artículo. Yo le haré la justicia de creer que lo que escribe es lo que su conciencia le dicta como mas conveniente para mejorar el estado de nuestras artes, que es ciertamente muy poco lisonjero, comparado con lo que fué en otro tiempo y con el que tiene en el día en otras naciones. Pero creo que los medios que indica para conseguir su deseado objeto son equivocados, unos por no aplicables en la actualidad entre nosotros, y otros por no ser causa de los males que les atribuye.

Creo nuestro autor que no son necesarias las academias en nuestro país, llevando su aversion á ellas hasta decir que han sido la ruina de las artes, asegurando que estas principiaron á declinar desde la fundacion de aquellas, que dice haber tenido lugar á fines del siglo XVII y principios del XVIII, aconsejando al gobierno que cierre aquellos establecimientos y deje á la juventud deseosa de cultivar las bellas artes, que guiada por su propio genio adquiera los conocimientos necesarios, segun mejor le parezca, diciendo que, á ejemplo de algunas naciones, debemos adoptar este sistema de libertad artística, y que con la protección que debe dispensar el gobierno á las exposiciones periódicas de las obras de los artistas, se conseguirá al fin dar vida y gloria á las artes en España.

Sin que yo pretenda tener ni la experiencia ni los conocimientos que sobre las bellas artes ostenta el señor Galofre, y solo con el deseo de que ilustre mas la cuestion, voy á esponer lo que opino sobre lo indicado por él.

Creo que el señor Galofre se equivoca al decir que todas las academias de bellas artes que hay en Europa se fundaron á fines del siglo XVII y principios del XVIII; y por consiguiente creo que no es exacto el decir que se establecieron al declinar el buen gusto de las artes en Europa. Hubo academia fundada antes que las artes llegasen á su mayor altura. Otras se fundaron á poco de haber brillado los grandes talentos de Rafael, Ticiano y Corregio; y por último, hubo dos academias establecidas en la segunda mitad del siglo XVIII, la una en una nacion en la que no habia escuela nacional hasta que se fundó su academia, cuyo establecimiento produjo desde luego ricos y abundantes frutos: la otra se erigió despues que la escuela nacional habia muerto del todo, y se creó con el fin de introducir de nuevo en el país el buen gusto, completamente rompido en materias de artes.

No deseo que el señor Galofre y los que como él piensan me crean sobre mi palabra; tengo autoridades muy respetables para probar la verdad de lo que acabo de decir. Dos escritores

van á confirmar mi asercion. Watelet en su *Diccionario de Pintura y Escultura*, impreso en París en 1792, dice en el tomo II, página 26, que «Leonardo de Vinci, que vivió en el siglo XV, fué llamado á Milan por el duque Luis Sforzia para dirigir una academia de pintura y escultura fundada por aquel soberano.»

El mismo autor dice en la página 60 del citado tomo, hablando de los Carasis, que vivieron en el siglo XVI, que «establecieron en Bolonia una academia, que se llamó *degli Desiderosi*, en la cual se estudiaba el modelo vivo, la anatomía y la perspectiva. Se daban en ella lecciones sobre la simetría y la perspectiva humana, sobre la práctica del colorido, y sobre la ciencia del claro-oscuro. También habia conferencias artísticas, en las que solian tomar parte los literatos. ¿Fueron los Carasis corruptores de las artes? No.

«A los Carasis, dice Mengs, debemos la restauracion de la pintura, y de su escuela salieron el célebre Guido Reni, pintor de mucho mérito, facilidad y elegancia, que habria sido otro Rafael si hubiera tenido mejores principios: el Dominiquino, que se arrimó mas á las formas del antiguo, y que se conoce estudió particularmente el Laoconte y el Clodion; Lanfranco, de genio fértil, y que se aplicó al estudio de la distribución de las masas y movimiento que hay en las obras de Corregio: el Albano, que estudió las formas del antiguo y que fué un gracioso pintor. En suma, ninguno de los discípulos de los Carasis fué pintor de mal gusto.»

El mismo Watelet, en la citada obra, en la página 109 del tomo II, dice lo siguiente: «Una nueva escuela se ha fundado en nuestros dias en Europa, que debe su existencia á la academia de Londres, fundada en 1766. Próxima todavía á su origen, promete ya esta escuela grandes resultados, y se hace tanto mas digna de elogio, cuanto que las cualidades que la distinguen son las mas nobles de la pintura: tales como una sabia composicion, belleza en las formas, elevacion de ideas, y verdad en la expresion.»

Veamos ahora en qué estado estaban las bellas artes en España en la época de la fundacion de la Real Academia de San Fernando. Cea Bermudez, en la introduccion á su *Diccionario histórico*, á la página 188, dice que «la guerra de sucesion acabó de borrar las pocas buenas ideas que habian quedado de las bellas artes. Palomino y García Hidalgo trabajaron para conservarlas; pero ni ellos ni sus discípulos pudieron conseguirlo. Entonces fué cuando los adornos de la arquitectura llegaron al sumo punto de ignorancia, de arbitrariedad y de depravacion. Las cornucopias y los papeles estampados sustituyeron á los buenos y antiguos cuadros que salian en abundancia del reino. Se acabó entonces de desterrar la sencillez, el decoro y el buen gusto de los templos, de los palacios, de las salas y de los gabinetes, y las bellas artes cayeron precipitadamente en el abatimiento, y por decirlo de una vez, en el mayor desprecio.»

«Para levantarlas trajo Felipe V los mejores profesores que habia en Italia y Francia, y las estatuas de la famosa reina Cristina. Estableció una junta preparatoria para formar una academia pública en Madrid, y envió jóvenes á estudiar á Roma. Fernando VI erigió la academia con el título de su nombre, y la dotó competentemente. Siguió, como su padre, enviando pensionados á Italia, y trajo de allá buenos artistas.»

Los dos ejemplos citados de las academias de Madrid y Londres contradicen la opinion del señor Galofre. La academia de San Fernando no destruyó las artes en España, ni menos vició el buen gusto, pues ni lo uno ni lo otro existia al tiempo de su creacion. La academia de Londres creó, no destruyó el buen gusto en aquel país. Tampoco es exacta la opinion del señor Galofre cuando asegura, que todas las academias se fundaron á fines del siglo XVII y principios del XVIII, pues la de Milan se instituyó en el siglo XV, y la de los Carasis se fundó en el siglo XVI, como igualmente la de San Lucas de Roma, fundada por Gregorio XIII; y los grandes artistas que fueron discípulos de aquellos célebres maestros son una prueba de que el sistema de academias establecido hoy en España, igual hasta cierto punto al que establecieron los Carasis en la suya, no es opuesto al desarrollo del talento.

El señor Galofre se lamenta en uno de sus artículos de que «después de haberse producido en Europa las mayores maravillas artísticas, fijaron como base inmutable el malhadado principio de la *belleza única*, y procuraron arraigarla profundamente, haciendo reglamentos y pautas fijas para que los artistas, conducidos como máquinas, hicieran en tal período tal cosa y en otro tal otra, llegando á contar al fin de la jornada el talento á guisa de suma aritmética.» Ignoro cuánta sea la exactitud de lo que en esta parte dice el señor Galofre; pero á juzgar por mi propia esperiencia de muchos años, hay mucha exageracion en su aserto.

En Sevilla se fundó una escuela de nobles artes por Carlos III, con el objeto de introducir el buen gusto en materias de artes, del todo corrompido en la patria de los mejores pintores españoles; pues en este establecimiento que frecuentó por muchos años jamás me hablaron de *belleza única*, porque no la conocian ni de oídas; nunca se tomaron el trabajo de violentar mi gusto ni de recomendarme tal ó cual sistema. Toda la suma de instruccion que allí se recibia, era la de imitar con exactitud el modelo que se copiaba. Aquel establecimiento puede decirse que no era otra cosa que una casa abierta al público para que el que quisiese pasase allí un rato dibujando. No habia en él ni reglamento ni orden de estudios; solo que por lo general se principiaba por lo mas fácil y se concluía por lo mas difícil, como sucede en todo cuanto el hombre aprende, no obstante que el señor Galofre cree que en esto hay un grave inconveniente.

Acercándonos mas á nuestro tiempo, consideremos las razones de conveniencia que ha habido para reformar y mejorar las academias de bellas artes y ampliar la educacion artística que en ellas se da en la actualidad, de cuyo sistema, establecido en 1851, ya se quejaba el señor Galofre en aquella misma época. Es decir, que antes que se pudiera ver el resultado que daba el nuevo sistema, ya le parecia mal, y argüía con sus malos frutos antes que los hubieran producido, como una prueba de lo absurdo del método que en ellos se sigue.

Para el señor Galofre y los que como él tengan una aversión á las academias, escusado será decir una palabra en defensa de ellas; pero á los no tan preocupados contra aquellos fútiles establecimientos, quizás les haga fuerza el considerar que en España el estado de las bellas artes es muy lastimoso, y

que en este punto se puede decir con verdad somos los mas atrasados al presente de todas las naciones de Europa, debido sin duda á las guerras, revoluciones, y á la decadencia general consiguientes á aquellas calamidades. En esta triste situacion en que se encuentran las artes, sin proteccion por parte de los ricos y poderosos, por carecer estos en general de instruccion y buen gusto, y sin los conocimientos necesarios en la mayor parte de los que las profesan, se concibe fácilmente que sin un auxilio fuerte y eficaz no pueden salir las artes de su abatimiento y degradacion. Para remediar este mal, el señor Seijas Lozano, siendo ministro de Fomento, con un celo que le hace mucho honor, firmó un real decreto reformando las academias del reino, creando algunas en puntos donde antes no existian, y estableciendo en ellas varias clases, con el fin de que la juventud, deseosa de dedicarse al estudio de las artes, adquiriera los conocimientos necesarios para poder ejercerlas noblemente, no como un oficio mecánico que se practica con una ciega rutina, sino como un *arte liberal* que está auxiliado con varios conocimientos científicos.

Este fué el punto de vista bajo el cual el gobierno vió la cuestion de las academias, y en mi concepto la consideró en su propio terreno, conociendo las circunstancias en que se hallan las artes en España, sin hacerse ilusiones ni creer, como el señor Galofre, que pueda hacerse hoy entre nosotros lo que se hace en otras naciones mucho mas adelantadas que la nuestra.

Figurémonos que triunfasen las doctrinas del señor Galofre y que se suprimiesen las academias; ¿cuál seria la consecuencia? Sucederia una de dos cosas: ó que el que quisiese seguir la carrera de las artes aprendiera solo, ó con un maestro. Y de aquí, ¿qué resultaria? No hay que decir que en algunos países así sucede y hay buenos artistas. Se trata de España, y aquí es preciso que veamos lo que sucederia en tal caso. Venga el señor Galofre á Sevilla, y visite al sin número de personas que se llaman aquí artistas, encontrará muchos que se vanaglorian de no haber tenido maestros; otros que no han entrado nunca en la academia, por creer que ya saben cuanto necesitan, ó porque creen, como el señor Galofre, que las academias de nada sirven, y que lo que allí se enseña es conversacion, y que el artista solo necesita manos para ejercer su profesion. Examine las obras de todos estos y verá que el que aprendió sin maestro y siguió, como dice el señor Galofre, el impulso de su genio, es un solemne marrachista, un grosero embardunador de lienzo, un hombre en cuyas manos la noble arte de Velazquez y Murillo está completamente envilecida. Observará que las producciones de aquellos que han aprendido lo que saben de un profesor escogido, segun su gusto é inclinacion, solo aspiran á imitar la manera y el colorido de su maestro, como el *non plus* de la pintura. Los deseos de tales discípulos casi generalmente no van mas allá de esta imitacion servil del estilo de su maestro; y como en la eleccion de este no tuvo parte ni la inteligencia ni el buen gusto, resulta las mas veces que el joven ó su papá ha elegido por maestro uno de aquellos genios independientes que ejercen su arte, siguiendo solamente el impulso de su propio capricho, y que como hemos visto, es uno de aquellos que mas envilecen las nobles artes por su ignorancia. Aquí tenemos un ejemplo práctico de lo que sucederia en España si, lo que no es de esperar, se adoptara lo que tanto recomienda el señor Galofre. Y si esto sucede en Sevilla, donde en todos tiempos ha habido tan buenas disposiciones por las artes, ¿qué sucederia en otras ciudades donde parece no abundan tanto los talentos artísticos? Negar la verdad de todo lo dicho es hacerse ilusiones, ó no conocer el verdadero estado del país con relacion á las artes, sin que por esto se entienda que desconozco el mérito sobresaliente de algunos de nuestros artistas.

El resultado de la enseñanza que ahora se da en las academias es muy distinto, sin que por esto se deba creer, como pretende el señor Galofre, que creemos los partidarios de las academias que el que curse todas sus clases sale un artista consumado. El decir esto seria un absurdo muy pueril, que dudo haya hombre con sentido comun que lo piense. Lo que sí sucederá ahora, segun estan montadas las academias, y suponiendo que esten bien dirigidas, es que el joven estudioso que curse en ellas, si tiene talento, saldrá instruido y con elementos para desarrollar sus disposiciones naturales, y podrá despues á fuerza de constancia ser un artista, si no de primera clase, porque esto es dado á pocos, al menos será ó podrá ser un hombre que tenga ideas de lo que es su profesion, y de lo que se necesita saber para ejercerla con decoro; lo que no podria saber por ahora entre nosotros sin concurrir á estos establecimientos, que para bien y gloria de las artes ha dado á la nacion un gobierno ilustrado.

Todo lo que dice el señor Galofre sobre los reglamentos y rutinas académicas, con otras mil trabas que se figura en su imaginacion acalorada por su exaltado celo, podrá hacer alguna impresion en el que no conozca por esperiencia estos establecimientos, ó no se haya nunca ocupado de estos asuntos; pero el que se ha criado entre artistas, el que conoce prácticamente este asunto, y el que tiene una idea exacta del estado de la nacion en materias de artes, conoce que esos reglamentos y esas rutinas no existen del modo que el señor Galofre los pinta. Hay, sí, un método en la enseñanza, que consiste en hacer que el discípulo principie por lo fácil y acabe por lo mas difícil; contra cuyo sistema creo que habrá pocos que hablen.

El sistema de exposiciones periódicas y la venta de las pinturas que en ella se esponen, es un sistema adoptado en algunos países con felices resultados para el progreso de las artes, y para generalizar el gusto y la aficion á ellas en la sociedad. En estas exposiciones hay una ventaja recíproca entre los artistas y el pueblo. Los primeros, manifestando públicamente sus obras, inspiran el buen gusto y la aficion á las artes á los que carecen de este sentimiento, tan propio de personas ilustradas. La parte mas elevada de la sociedad, reconociendo el mérito en las obras de los buenos artistas y alabándolas, los estimulan de un modo indirecto á que redoblen sus esfuerzos y reciban al mismo tiempo en aquellos elogios la recompensa mas gloriosa para un hombre sensible. La critica injusta y parcial que en algunos periódicos se lee con ocasion de la exposicion anual que hay en Madrid, y por temor de la cual muchos y buenos artistas se retraen de esponer sus obras, es una de las razones, en mi opinion, por qué entre nosotros no

podrá prosperar por algun tiempo este sistema tan útil y conveniente en otros países, y no obstante convengo con el señor Galofre en que seria muy conducente á la prosperidad de las artes en España el introducir aquella útil costumbre; y si por los esfuerzos de dicho señor recibiera el país este beneficio, mereceria los mayores elogios, á pesar de ser esta mi íntima conviccion, de que por mucho tiempo estas exposiciones no darian los buenos resultados que son de desear.

Es preciso que el señor Galofre y los que piensan como él se desengañen, que en lo general de la nacion no hay amor á las artes, porque se desconocen sus ventajas sociales, y porque ellas solo se aprecian y prosperan donde hay paz, estabilidad, mucha y general civilizacion. Traiganos el señor Galofre estas ventajas, y entonces tendrá artes; sin ellas no: querer lo contrario seria lo mismo que esperar que en el rigor del invierno y al aire libre naciesen espontáneamente flores delicadas, que solo aparecen en los dias templados de la primavera y en terrenos muy bien cultivados.

A esta falta de paz, prosperidad y general ilustracion debiera atribuir la decadencia de las artes en España, no al establecimiento de las academias, sin las cuales es muy probable que ni sombra de ellas habria quedado, segun al estado á que llegaron al tiempo de fundarse aquellas.

Pero si todo lo dicho no es bastante para probar la utilidad de las academias de bellas artes en España y las ventajas que la de San Fernando produjo desde su fundacion, oigamos lo que sobre el particular dice el citado Cea Bermudez, cuya inteligencia y buen juicio en materias de artes nadie niega.

En el tomo III de su *Diccionario*, á la página 151, dice que «no se puede negar que el proyecto de formar una academia pública de bellas artes en Madrid principió el año de 1619, cuando los profesores imprimieron y presentaron un memorial á Felipe III pidiendo que estableciese en la corte una academia de pinturas como la habia de matemáticas, acompañando los estatutos con que habia de ser gobernada, lo que no tuvo lugar.»

«Bien pudiera atribuirse á esta suspension la principal causa de la decadencia de las bellas artes en España; pero ya manifestamos en la introduccion á este diccionario los que concurren á su ruina. Lo cierto es que desde aquella época comenzaron nuestros artistas á separarse del buen camino y de las buenas máximas que Berruguete, Becerra y Vigarni y otros grandes profesores españoles y extranjeros trajeron de Italia, y llegaron las artes á principio del siglo XVIII al estado mas deplorable de ignorancia y desprecio.»

A la página 269 del mismo tomo III, hablando de los buenos resultados que producía la academia de San Fernando, dice que «de todo tenemos testimonios en los templos, palacios, edificios, calles, paseos, puertas y aun casas particulares de Madrid, sitios reales, ciudades y villas del reino, pues en todas partes vemos la mudanza y progresos de la pintura, escultura y arquitectura. Cotejadas las obras de estas bellas artes, ejecutadas desde el establecimiento de la academia de San Fernando con las que se trabajaron en la primera mitad del siglo XVIII y en la segunda del anterior, publican aquellas el adelantamiento y aplicacion de sus profesores y el celo del gobierno y de la academia en protegerlas.»

«Bastante se ha indicado en la introduccion de este Diccionario sobre cuánto han cambiado el gusto y conocimiento en las nobles artes en España desde esta feliz época: resta solamente el empeño de los poderosos en fomentarlas, las luces de los sabios para iluminarlas, y el honrado amor de los maestros en enseñar cuanto sepan á sus discípulos, para que lleguen al sublime estado que tuvieron en los pontificados de Julio II y de Leon X, y en los reinados de Carlos V y Felipe II.»

Si estos grandes resultados que Cea Bermudez pronosticaba no han llegado á cumplirse, debe atribuirse á las guerras y discordias civiles que han oprimido á la nacion desde poco despues de establecida la academia de Madrid, y que han continuado hasta el presente; pues es sabido que las bellas artes nunca prosperan con el tumulto de las armas ni con los desórdenes de la revolucion.

UN ARTISTA.

En uno de los últimos números de LA ILUSTRACION hemos estampado el retrato de Mr. Pierce, el nuevo presidente de los Estados-Unidos: hoy que ya tenemos datos biográficos, presentamos á nuestros lectores los siguientes.

EL PRESIDENTE.

Nació Mr. Franklin Pierce en Hillsborough, estado de New-Hampshire, el año 1804, y tiene por consiguiente ahora cuarenta y nueve años de edad, siendo el presidente mas joven que ha habido en la República. Su padre fué gobernador del estado de New-Hampshire. Despues de haber completado sus estudios académicos se graduó en el colegio de Rowdon; en Maing se recibió de abogado, y práctico como tal en su pueblo natal. Dos años despues fué elegido para la legislatura de New-Hampshire, cuya Cámara de representantes le nombró su presidente. En 1832 fué elegido para el Congreso federal, y en 1833 tomó asiento en la Cámara de representantes de Washington, en donde sostuvo con vigor la administracion democrática de Polk; era modesto y recogido, y nunca se distinguió en los debates. En 1837 fué elegido para el Senado de Washington; pero hizo dimision de su puesto en aquella Cámara en 1842, y volvió á ejercer su profesion en Concordia, estado de New-Hampshire, en donde adquirió una alta reputacion como abogado. Rehusó en aquella época un puesto en el gabinete de Mr. Polk, y el nombramiento que le ofrecieron para gobernador del estado de New-Hampshire, ó para senador de los Estados-Unidos.

Al empezar la guerra de Méjico, Mr. Pierce se alistó como simple soldado en el regimiento de Nueva Inglaterra; mas el presidente le envió el despacho de coronel, y despues lo ascendió á brigadier general en 1847. Desembarcó en Veracruz el 28 de junio de aquel año, teniendo á su mando dos mil quinientos hombres, y se distinguió en varios encuentros entre Veracruz y la ciudad de Méjico. Luego que se restableció la paz hizo dimision de su empleo y volvió á su país, en donde sus compatriotas le hicieron un brillante recibimiento.

Fué despues elegido miembro de la Convencion del Estado, convocada para revisar la Constitucion de New-Hampshire, y elegido presidente de aquella asamblea. En 1848 se habló con frecuencia de él para la vicepresidencia de los Estados-Unidos, pero se resistió constantemente á aceptar aquel puesto. En enero de 1852, la Convencion democrática de New-Hampshire reunida en Concordia, adoptó unánimemente su nombre para Presidente de los Estados-Unidos; mas en una carta dirigida á su amigo Mr. Atherton, con fecha 12 de enero, el general Pierce rehusaba del modo siguiente el honor que se le queria conferir: «Los mismos motivos que me indujeron hace algunos años á retirarme á la vida privada, me obligan ahora á decir que el uso de mi nombre, en cualquier evento, ante la Convencion democrática en Baltimore, seria en extremo repugnante para mi gusto y mis deseos.»

Es inútil repetir las circunstancias de la eleccion popular de Mr. Pierce para la presidencia de la Union.

EL VICEPRESIDENTE.

Mr. William Rufus King nació en la Carolina de Sur en 1786

«nada hostil haria contra los Estados-Unidos, ó que pudiese darles justo motivo de resentimiento.» Creen los compatriotas de Mr. King que sus maniobras en París aislaron á la Inglaterra, y esta se vió en la necesidad de abandonar todo proyecto de resistencia contra la anexion de Tejas. En 1845 hizo dimision de su embajada, y volvió á su pais. En 1848 fué otra vez nombrado senador por Alabama. En 1850, habiendo subido Mr. Fillmore por muerte del general Taylor á la presidencia de los Estados-Unidos, Mr. King fué elegido por el Senado su Presidente *pro tempore*, puesto que ya habia ocupado desde 1836 hasta 1844.

Siempre se le ha considerado como uno de los principales campeones de los derechos de los Estados del Sur, en todos los debates que se han promovido sobre la tarifa, la esclavitud y mejoras interiores.

Un periódico de Washington da cuenta en los términos siguientes de la sesion extraordinario que el dia 4 celebró el Senado.

«Pocos minutos despues, el Senado se reunió en sesion extraordinaria con el objeto de recibir el juramento al general Pierce, para lo cual habia sido convocado anticipadamen-

El gabinete del nuevo Presidente, confirmado por el Senado, es como sigue:

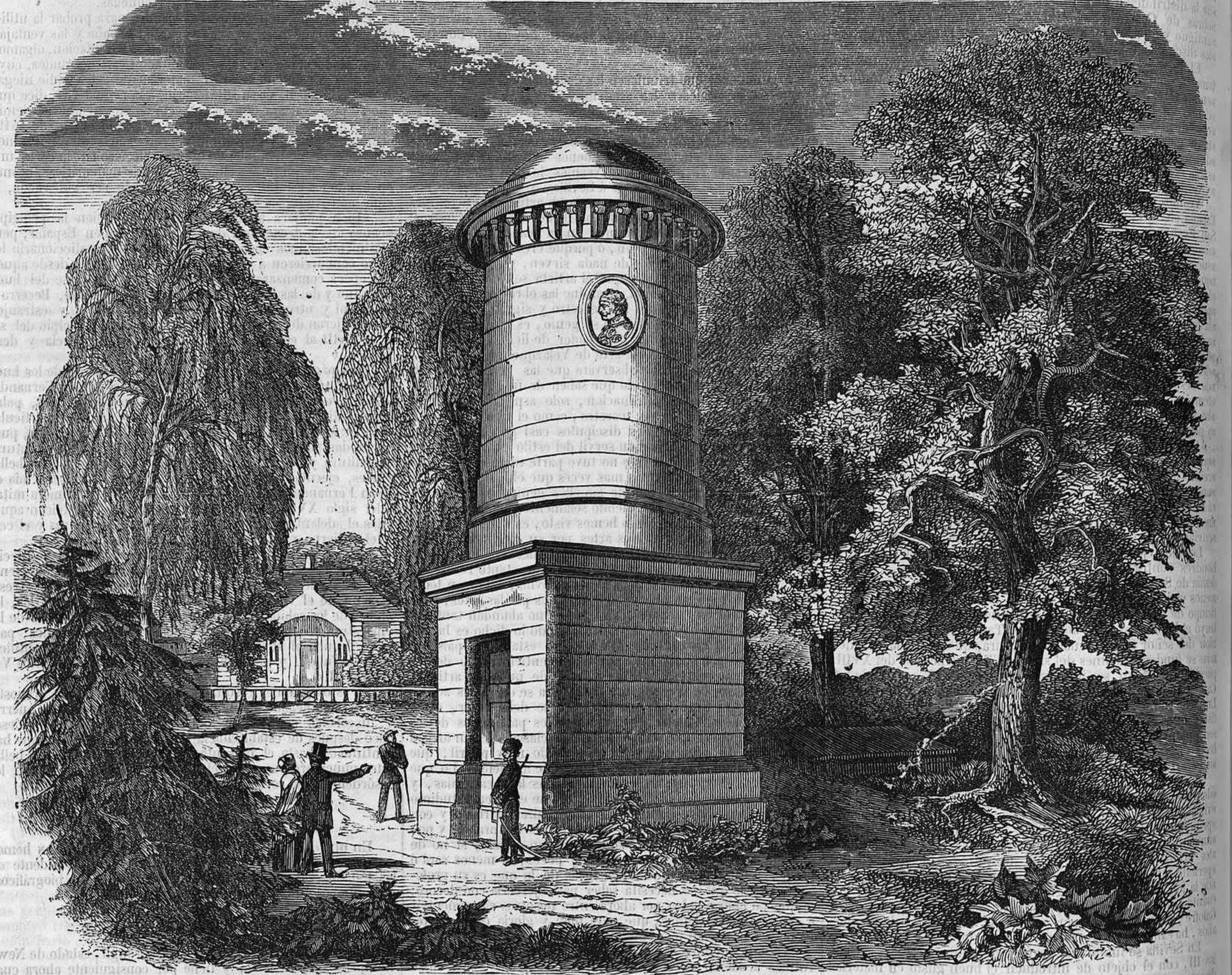
William L. Marcy, de Nueva-York, secretario de Estado.
James Guthrie, de Kentucky, secretario de Hacienda.
Robert Mc Clelland, de Michigan, secretario del Interior.
Jefferson Davis, de Mississippi, secretario de la Guerra.
James C. Dobbin, de la Carolina del Norte, secretario de Marina.

James Campbell, de Pennsylvania, diretor general de Correos.

Caleb Cushing, de Massachusetts, Attorney general.
El mensaje del Presidente Pierce ha producido vivo entusiasmo en los varios estados de esta república.

ADVERTENCIA.

Nos creemos en el caso de recordar las ofertas de mejoras que hicimos en el último prospecto de LA ILUSTRACION. Nues-



Mausoleo del Feld Mariscal Blucher.

y tiene por tanto ahora sesenta y siete años. Su salud está muy quebrantada, y se cree que aunque llegue á volver de la isla de Cuba, no podrá desempeñar su destino. Antes de la edad de veintiun años entró en la vida pública. A la de veinticuatro, en 1810, fué elegido por el pueblo de su distrito para el Congreso que en 1811 declaró la guerra contra la Gran Bretaña. Mr. King votó con los demás miembros democráticos por la declaración y vigoroso sostenimiento de aquella guerra. Elegido otra vez en 1813 y 1815 para el Congreso, hizo dimision de su cargo en 1816 por haber recibido el nombramiento de secretario de la legacion de los Estados-Unidos en Nápoles y San Petersburgo.

Despues de dos años de residencia en Europa, volvió Mr. King á su pais, y en 1818 se fué á residir al territorio de Alabama, en donde fué elegido para el Senado de Washington, á cuyo cuerpo legislativo perteneció por diversas reelecciones durante veinticuatro años, hasta que en 1844 hizo dimision de su cargo, habiéndole ofrecido el Presidente Tyler la legacion en Francia, que aceptó con objeto de impedir la protesta unida de Francia y de Inglaterra contra la inminente anexion de Tejas. De esta adquisicion fué siempre decidido partidario. Consiguió de Luis Felipe la declaración de que

te por Mr. Fillmore. Mr. Cass abrió la sesion, como decano de la Cámara. Pronunció en seguida una oracion religiosa el reverendo Mr. Butler. Se nombró despues como presidente del Senado, temporalmente, á Mr. R. Atchison, de Missouri. Entró entonces en el salon el cuerpo diplomático presidido por los señores Bodisco y Calderon de la Barca, con todas las insignias de su rango, y tomó asiento á la derecha del Presidente. Seguiante los miembros del tribunal supremo, con las insignias y trajes de su empleo, y se sentaron á la izquierda. Al fin entró el nuevo Presidente de los Estados-Unidos, apoyado en el brazo del senador Bright, y el saliente Mr. Fillmore, que daba el suyo al senador Pratt. Les acompañaban Mr. Marcy, Mr. Campbell y otros miembros del nuevo gabinete. Trasladados al oriente del capitolio, que se habia arreglado para la solemne ceremonia, Mr. Pierce prestó el juramento constitucional, y despues pronunció el discurso inaugural que han publicado todos los periódicos.

Terminado este acto, el Senado volvió á constituirse, y resolvió suspender la sesion para continuarla el lunes 7. Se dice que el Senado seguirá reuniéndose en sesion ejecutiva, tal vez por un mes mas, para dar su consejo sobre los nombramientos de ministros y otros funcionarios.

tros lectores juzgarán por los números anteriores, por el presente, y mejor aun por los sucesivos, si esta vez hemos cumplido como siempre lo que prometimos. La amena variedad que hemos procurado dar al texto, la escelencia de los grabados que estampamos, el esmero que ponemos en la impresion de nuestro periódico, el papel glaseado que empleamos, nos autorizarian para apelar á las recomendaciones de la prensa, si no con el objeto de hacer saber al público que LA ILUSTRACION rivalizaba con sus hermanas del extranjero, como con menos motivo lo han hecho otras empresas para anunciar una verdad incontestable, cual es la de que jamás ha habido en España niugun periódico de igual género que pueda compararse con el nuestro. Pero es notorio lo opuesto que somos á poner en juego esas recomendaciones, que están hoy en uso y que nada significan casi siempre mas que la condescendencia de las personas que se presian á escribirlos ó á insertarlos tal cual los traza sobre el papel el interesado. Nosotros, renunciando á este medio vergonzante de publicidad, nos contentamos con la satisfaccion de comparecer ante los que nos han prestado su apoyo, con la seguridad de que no nos hemos mostrado ingratos, y de que aun se nos juzgará en lo sucesivo mas dignos de él.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RÍOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.